

Leogardo Miguel Torterolo.

SEMBLANZAS

HISTÓRICAS



MONTEVIDEO

JOSÉ MARÍA SERRANO * LIBRERÍA CERVANTES

CALLE ANDES, 178

1912

SEMBLANZAS HISTÓRICAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Vida de Melchor Pacheco y Obes.—Montevideo, 1904.

EN PREPARACIÓN

El estadista D. Santiago Vásquez en la Defensa de Montevideo.

Semblanzas literarias.



Leogardo Miguel Torterolo



SEMBLANZAS

HISTÓRICAS



MONTEVIDEO



JOSÉ MARÍA SERRANO * LIBRERÍA CERVANTES

CALLE ANDES, 178

1912

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Al lector	11
La raza fuerte.	15
El titán victorioso.	27
Libertadores y constituyentes.	75
La Defensa de Montevideo y el cosmopolitismo.	89
El diplomático don Andrés Lamas.	115
La Ciudad Histórica y Pedro de Cevallos.	135
El estadista don Santiago Vásquez	145
El héroe olvidado.	161

AI lector

AL LECTOR

Estas páginas han sido escritas sin sospechar, por nuestra parte, que verían la luz de la publicación en forma de libro. No importa. Sintiéndonos orgullosos de amar las tradiciones del terruño y profesar el culto de los héroes, acariciamos la esperanza de contribuir en algo al desarrollo de la incipiente literatura histórica nacional. Esto nos satisface y nos conforta. Por eso mientras reuníamos materiales para una obra que hace ya tiempo tenemos en preparación, íbamos escribiendo estas semblanzas á medida que hombres y hechos del pasado obligaban á nuestro patriotismo el exhumarlos del olvido. Y así lo hicimos, sin

pretensiones ni cavilosasidades, tratando sólo en cada caso de desentrañar la filosofía que fluye de las acciones humanas en el momento en que ellas se produjeron.

Sin preocuparnos mayormente de las reglas prescriptas en los viejos cánones, nos hemos apartado con frecuencia de la ruta seguida por los que dedican los dones de su espíritu á los estudios de carácter histórico, quitándoles de expofeso á nuestras producciones la pesadez de una erudita documentación escrita, y dejando de enumerar una serie de hechos sin importancia alguna, máxime en nuestros días en que la crítica filosófica es la base de la historia.

Las páginas que van á leerse son, pues, pinturas breves de personalidades y sucesos de diversas épocas, desde los días sombríos del coloniaje á los albores de la nacionalidad libre, y desde el despertar de las actividades del nuevo Estado á la década troyana de la Defensa de Montevideo.

L. M. T.

La raza fuerte

LA RAZA FUERTE

El tiempo ha contribuído en su marcha ascendente hacia la cumbre del progreso humano á la desaparición de los últimos vástagos de aquella raza viril y levantisca que cantaron en su estro serrano los Hidalgo y los Del Campo, los Ascasubi y los Hernández. Y merced al fino espíritu analítico de estos psicólogos de la literatura poética sudamericana, podrán estudiar las generaciones futuras la idiosincrasia del gaucho del Río de la Plata, contemplando de cerca sus modalidades espirituales y las diversas orientaciones de su inculta, pero robusta mentalidad.

De alma noble y sin doblez, el primitivo poblador de nuestra campaña, después de extinguido el tipo indígena, era algo así como un español del Renacimiento y un francés de la Revolución, unidos en un raro y estrecho matrimonio. Mezcla de romanticismo y de heroicidad, tenía del primero el don caballeresco, y del segundo el culto sagrado de la libertad, complementado eficazmente con aquella resignación de apóstol y mártir que caracterizó á los varones fuertes del Noventa y Tres. Contrariamente á lo que suele decirse y á lo que alguno ha escrito engañado por falsos espejismos, nosotros creemos que el gaucho no fué ni pendenciero ni guarango. Poseía el hábito del pacifismo más que los hombres del estado de naturaleza de que habla Juan Jacobo, y respetaba humildemente á sus semejantes, sabiendo, no obstante, hacerse respetar en las justas varoniles del coraje.

Sus hábitos, sus costumbres, su manera de ser y de vivir, hacían que su vida estuviera cuajada de interesantes anécdotas y sencillas historietas,

que los payadores popularizaban en inspirados versos cada vez que un grupo de camaradas se reunía por acaso en la *pulpería*, lugar en el cual se desarrollaban, en toda la majestad de su grandeza agreste, las escenas más curiosas de aquella sociedad primitiva.

Así como el romance es en España, desde los tiempos memorables del Cid Campeador, el metro popular por excelencia, entre nuestros gauchos lo fueron el *triste* y la *vidalita*; voz ésta que, según la autorizada opinión de Sarmiento, tiene su origen en las lenguas quichúa y guaraní, pues él mismo asegura haberlo comprobado en una fiesta de indios celebrada en Copiapó.

De los cantares de estos poetas, que si bien no tuvieron conocimientos estéticos de ninguna especie, poseyeron, en cambio, una ardiente y soñadora imaginación, animada por el contacto vivificador de una naturaleza excepcionalmente bella, es que provienen muchas imágenes de la retórica popular rioplatense, algunas de las cuales se vienen repitiendo en otras formas desde

Homero á Garcilaso y desde Shakespeare á Beranger, lo que no aminora su mérito intrínseco, porque los pobres trovadores campesinos ignoraban hasta el por qué de la propia existencia, cuanto más que existieron maestros del *gay decir* que pudieran haberles precedido en el uso de una hipérbole ó en el empleo de alguna epéntesis.

Cuéntase que el verso producía particulares sensaciones en el ánimo del gaucho.—Valdenegro, el poeta de la emancipación artiguista contra la Junta de Sevilla, escribió después del triunfo de las Piedras unas hermosas décimas sobre los españoles, y, habiendo notado que producían un efecto de estimulante guerrero en las filas de las tropas patriotas, concluyó por dirigirse en verso á sus soldados cada vez que debían entrar en combate, triunfando muchas veces de los aguerridos ejércitos realistas entre los alegres cantares de la soldadesca entusiasmada.

Y ese amor sin igual, casi frenético, que poseía nuestro gaucho por la libertad, es fácil de explicarlo si se tiene en cuenta el ambiente en

que actuaba, rodeado doquiera de tiranuelos sin escrúpulos, cuyos hechos nos ha transmitido la historia colonial en algunas de sus páginas de vergüenza y oprobio.

En este punto y bajo tal aspecto, tiene el gaucho cierta similitud de carácter con el llanero venezolano. La vida seminómada que estuvo condenado á llevar; sus cruzadas diarias por la sierra y el monte, por la quebrada y el llano, factores naturales de poderosa influencia en la formación de los sentimientos del hombre, son la mejor explicación acerca de la idea altruísta que poseían sobre la emancipación absoluta de la tierra oriental, los hijos de aquella raza fuerte y virtuosamente honrada. Así, pues, no será extraño el ver triunfar á los caudillos de la independencia de los dominadores extranjeros, con algunos centenares de gauchos indomables, en cargas impetuosas é irresistibles que ilustraron las armas de la patria naciente é hicieron temible el brazo de hierro del gaucho lancero.

Adiestrado desde los primeros años de la ado-

lescencia en las fuertes y saludables labores del campo, su cuerpo adquiría un completo desarrollo muscular. Jinete en extremo—superior al campesino ruso, cuya fama de diestro es proverbial desde remotas épocas,—no era raro el verle tirar con precisión matemática el *lazo* ó las *boleadoras* desde el apero de su cabalgadura. Conocía de tal modo los misterios de esta difícil operación campera, que daba caza al alígero ñandú de la manera más inocente y sencilla. Apenas divisaba uno en la inmensidad del campo, corría hacia él; pero tan pronto como la previsora zancuda notaba su presencia, echaba á correr velozmente, asustada del jinete, como cortando el horizonte con su largo pescuezo. Entonces el gaucho cazador la seguía de cerca hasta tenerla á la distancia de un *tiro de bolas*, arrojándole luego éstas para cogerla entre sus redes.

Ejecutando otras análogas tareas pasaba tranquilamente su existencia el vástago primitivo de la campaña nacional, más feliz, sin duda, que el paisano de nuestro tiempo, pues el primero

desconocía por completo todo rudimento de civilización superior. Tenía entonces únicamente el culto del *chiripá* y la *bota de potro*, del succulento *con cuero* y la tradicional carreta.

Sin embargo, algo tenía también el gaucho del adelanto actual: su división en categorías. Mas no vayáis á suponer que estas divisiones sociales eran semejantes á las de aristócratas y demócratas, librepensadores y socialistas, católicos y liberales, que se disputan en el día, con terribles apasionamientos, la jefatura del destino social. No; sus divisiones eran más lógicas, tal vez más humanas, estando encerradas en dos pequeñas subdivisiones que forman el árbol genealógico de una misma familia: tales eran la compuesta por el gaucho trabajador y la formada por el gaucho haragán, especie de ave errante sin nido y sin albergue.

Este último personaje tenía algo tan particularmente suyo, que lo caracterizaba de una manera esencial y típica.—Solo, como un peregrino que va cruzando los desiertos, se le veía va-

gar sin rumbo por dilatadas extensiones, hasta que, divisando una estancia, llegaba á ella para pedir hospitalidad por una noche. En seguida desensillaba el caballo y lo largaba á pastar sin preocuparse de que se alejara, como el que ha tomado de antemano una resolución determinada. Al día siguiente ya el huésped no partía, y así iba pasando hasta el momento en que, gordo su *flete*, desaparecía una mañana sin despedirse de nadie, tomando la dirección del establecimiento más cercano, en donde repetía de nuevo su singular pedido.

De esta manera holgazana, sin preocuparse jamás de trabajar, pasaba los mejores años de su vida, hasta que, por diversas causas, le era forzoso internarse en la espesura de los montes como *matrero*, transformándose, de humilde huésped de estancia, en gaucho malo de la comarca.

¡Tan grande era el contraste entre las dos divisiones de aquella raza de valerosos centauros!

El carácter, las costumbres, el amor á la libertad del terruño, todo aquello que se relacione

con la vida general del gaucho como prototipo de un noble linaje, prestan sobrado asunto para escribir una epopeya. Francia tiene un genio literario que ha cantado en inmortales y armoniosas estrofas la raza intelectual y caballeresca del hijo de Provenza; pero, deber es confesarlo, aún no ha brillado en nuestro medio el cetro poético de Federico Mistral...

El titán victorioso

EL TITÁN VICTORIOSO

Artigas es nuestro Prometeo. Como el titán rebelde de la leyenda esquiliana él se vió calumniado, perseguido, condenado á muerte repetidas veces por la saña brutal de sus implacables enemigos, que no podían conformarse con que el Héroe hubiera robado, como el dios de la mitología pagana, una chispa del fuego de la Libertad para arrojarla con mano pródigamente generosa sobre varias provincias de la América española, las cuales gemían, unas bajo los señores feudales del coloniaje, y otras bajo la bota de potro de caudillejos ensoberbecidos é ignoran-

tes. ¿Cómo surgió á la vida del heroísmo y de la democracia igualitaria este austero protector de los pueblos oprimidos?—Como surgen los grandes capitanes de la Historia en las distintas etapas de la civilización universal. Artigas, como su padre Wáshington en el Norte del Continente, y como Bolívar, San Martín y O'Higgins, sus hermanos del Sur, es hijo de la época gloriosa que Miranda había iniciado en sus peregrinaciones por las cortes europeas en busca de elementos para emancipar los pueblos del mundo colombiano. Lo que el hijo de Venezuela había soñado al lado de Laffayette, cuando juntos combatían en la guerra de la separación de los Estados Unidos, no lo olvidó en los días triunfantes de las Tullerías, comenzando á madurar su plan de independencia entre los arrebatos de entusiasmo que le producía la elocuencia insuperable de Mirabeau; los fogosos arranques tribuñicos de Dantón y la entereza romántica de aquellos fuertes espíritus de la Gironda, que am-

biciones malsanas llevaran al patíbulo como á vulgares criminales.

La revolución americana es hija genuina del genio de Miranda. La idea madre germinó en su cerebro y se propagó rápidamente entre los caudillos que la realizaron merced á esfuerzos desesperados y á empresas temerarias que han inmortalizado sus hechos hazañosos. Y Artigas, férreamente viril y abnegadamente desinteresado y patriota, encarna en el vasto escenario de la emancipación el alma y el genio de su pueblo.— El es el representante y el sostenedor infatigable y heroico del movimiento oriental contra el virreinato español,—ya en gestación en el territorio de la Provincia desde los días memorables del Cabildo Abierto del 21 de septiembre de 1808. Es esta la primer tentativa de vida libre y autónoma que hicieron los pueblos del Plata, y lo que trajo como consecuencia inevitable y lógica las asambleas populares de la semana de mayo de 1810; la deposición del virrey y la for-

mación de la primera junta de gobierno propio instalada en la ciudad de Buenos Aires.—Montevideo no era, pues, ajeno á los trabajos de redención que se celebraban en varios pueblös del Continente, participando de ellos muchos de sus hijos y habiéndose adelantado otros, como aconteció cuando el conflicto entre Liniers y Elío, en la tarea nobilísima de sacudir el yugo del coloniaje.

Artigas conocía toda la trama de la revolución. Su primo Monterroso, sacerdote ilustrado é inteligente, con marcados ribetes de caudillo civil, que había pronunciado hermosos discursos desde los púlpitos de las iglesias de la docta Córdoba, acariciando ideas revolucionarias, se trasladó á nuestra capital con el objeto de ponerse al habla con el futuro Protector de los pueblos libres. Había pensado en él como en el hombre capaz de acaudillar las grandes masas campesinas y de sostener y dirigir la resistencia contra los poderosos ejércitos hispanos en esta parte de la América es-

clava. Sus deseos se vieron coronados por el más grande de los éxitos, pues encontró dispuesto al ilustre blandengue á luchar por la causa de la emancipación americana. Con tan halagadores resultados crecieron aún más los entusiasmos libertadores del astuto padre Monterroso, habiendo hecho resonar su voz en la vieja Catedral montevideana para hacer la apología de los óptimos frutos de la Libertad. Por eso los motivos que se invocaron á raíz de la defección de Artigas, cuando, al servicio de Muesas, abandona las armas españolas y traspasa el Estuario para ofrecer su brazo á la causa de la Revolución, no pasan de ser un interesante romance histórico. El Jefe de los orientales iba en busca de los auxilios que se le habían prometido para convulsionar su provincia natal, obrando de común acuerdo con los demás pueblos del virreinato del Río de la Plata, siempre que éstos ajustaran su norma de conducta á las ideas republicanas y democrático-federativas que había inculcado en su espí-

ritu vidente el cerebro revolucionario del prelado cordobés (1).

La fama singular y la influencia poderosa de Artigas no tardaron en hacerse sentir dentro y fuera del territorio oriental, siendo aclamado el nombre del caudillo por miles de ciudadanos que aspiraban á gozar los bienes de la vida independiente. Puede decirse que el Protector era entonces el ídolo del pueblo; su amor y su esperanza. Y al reaparecer su figura gallarda en el escenario que había llenado otrora con actos de indómito coraje, un intenso sacudimiento popular se sintió en toda la Provincia y algo como un augurio feliz vibró al unísono en todos los cora-

(1) Para escribir esta semblanza hemos consultado las siguientes obras: López, *Historia Argentina*; Mitre, *Historia de Belgrano*; Avarragaray, *La Anarquía Argentina y El Caudillismo*; Bauzá, *La Dominación Española en el Uruguay*; Ramírez (C. M.), *Artigas*; Maeso, *Los primeros Patriotas Orientales*; Araújo, *Diccionario de Historia del Uruguay*; De María, *Rasgos biográficos de hombres notables*.

zones. Sólo así se explica el hecho verdaderamente único en los anales históricos de aquel gran movimiento revolucionario iniciado en la metrópoli porteña al grito sugestivo de ¡Viva Fernando VII!, que al pisar Artigas en territorio oriental el 9 de abril de 1811, desembarcando en la Calera de las Huérfanas al frente de ciento cincuenta hombres, reuniera en torno suyo importantes elementos de armas, con que un mes más tarde triunfaba en las Piedras el 18 de mayo, arrollando las tropas regulares de Posadas para marchar camino de Montevideo é inscribir con su espada de blandengue rebelde la primer batalla de trascendencia guerrera y política librada por los soldados de la Libertad en tierra americana.

La ruidosa victoria del Jefe de los Orientales hizo que su prestigio tomara mayores proporciones dentro y fuera de las fronteras del terruño, empezando á agigantarse su personalidad y á despertar algunos recelos entre ciertos elementos bonaerenses. No obstante, la jornada de las Pie-

dras fué pomposamente festejada en Buenos Aires, cuyo gobierno central otorgó al heroico vencedor el grado de coronel, elogiando, á la vez, su valeroso comportamiento. Sin embargo de estos honores tributados á su abnegación y patriotismo ejemplares, el Directorio de las Provincias Unidas, que en su afán dominador y centralista se asemejaba á Saturno devorando á sus propios hijos, trabajaba sigilosamente por quebrantar la autoridad y la fama del caudillo. Pero Artigas supo sobreponerse con ánimo sereno á semejantes pequeñeces localistas; acompañando á Rondeau en el Sitio de Montevideo en la calidad subalterna de segundo jefe, lo que atenaceaba el ánimo de los miles de orientales que le acompañaban en las horas de prueba. A pesar de todo, el Héroe siguió en su puesto de combate durante algún tiempo; y cuando le fué imposible resistir á las intriguillas miserables que le rodeaban por doquiera, aumentadas aún por haberse negado á aceptar el armisticio con Elío, levantó su campamento y se fué hasta las pintorescas márgenes

del Uruguay, sobre el Salto Chico, á donde le siguieron más de catorce mil personas, según la palabra autorizada é imparcial del militar de origen argentino don Nicolás de Vedia. ¡ Todos los habitantes de la campaña oriental seguían en patriótica peregrinación al esforzado defensor del suelo nativo! Aunque Artigas careciera en su vida pública de otros hechos de más relieve, este afecto sincero que le profesaba su pueblo, evidenciado de manera tan elocuente y solemne, sería suficiente justificación histórica ante las exigencias más crueles de la posteridad.

La espontánea decisión del caudillo abandonando el Sitio y estableciendo su campamento en un extremo de la Provincia—lugar que se transformó desde luego en un verdadero pueblo, donde prosperaban, á la par de las industrias y los comercios, las ideas de libertad y autonomía provinciales,—no sólo debilitó numéricamente las fuerzas de los sitiadores, si que también el éxodo de Artigas y sus parciales fué una especie de bancarrota moral para el principio de autoridad

representado por Rondeau. Esto lo comprendió desde los primeros momentos el jefe sitiador, espíritu ecuánime y justiciero que se había dejado marear en medio de aquella tempestad de odios que se habían desencadenado sobre la personalidad prestigiosa del caudillo oriental. El momento, como se ve, se presentaba propicio para conspirar contra Artigas, cuyas ideas de independencia empezaban ya á preocupar á los directores de la política porteña. Por eso don Manuel de Sarratea, general improvisado y sin méritos mayores á la causa de la revolución americana, después que se hizo cargo del ejército que la incapacidad militar de Belgrano había hecho derrotar en territorio paraguayo en las jornadas de Paraguari y Tacuarí, comenzó á trabajar en la obra rastrera de minar la influencia del Héroe, hasta el extremo de haberle hecho desertar algunos de sus subordinados, cobijándolos bajo sus banderas en el campamento de Concepción. Artigas reclamó repetidas veces de la intromisión indebida del jefe porteño en los asuntos de las tropas

patriotas á sus órdenes, y cuando la osadía de Sarratea iba á recibir el castigo merecido, fué llamado éste á compartir las responsabilidades del Sitio y depuesto inmediatamente en sus funciones por una diplomática nota del general Rondeau de febrero de 1813, accediendo el jefe sitiador á las exigencias de Artigas, quien, al abandonar el campamento del Ayuí y traspasar el Uruguay, había librado oficio desde las márgenes del Yí pidiendo la deposición de su gratuito y tenaz enemigo.—El jefe de los orientales había tirado ya los dados; primeramente negándose á obedecer á Sarratea y después apoderándose de las caballadas de su ejército por una hábil maniobra del entonces comandante don Fructuoso Rivera, uno de los jefes más adictos y de mayor confianza del austero vencedor de las Piedras. Rondeau, hombre inteligente y previsor, vislumbró desde luego el peligro que entrañaba para la Revolución el contrariar y disgustar al altivo blandengue, apresurándose por esto á darle toda clase de satisfacciones.

Calmado Artigas con la deposición de Sarra-
tea y en inteligencia con el general sitiador des-
de su cuartel accidental, mandó en seguida una
fuerte columna á cooperar en las operaciones que
se desarrollaban en el Cerrito, desoyendo las
proposiciones de Vigodet y poniéndose á la vez
en marcha con el grueso de su ejército de cinco
mil hombres, á fin de llegar á Montevideo y es-
trechar el asedio de común acuerdo con Ron-
deau. La acción conjunta y armónica de ambos
generales, unidos por antiguos lazos de compa-
ñerismo y de amistad, fué de excelentes resulta-
dos para la causa americana, que hubiera podido
enorgullecerse con legítimo orgullo de poseer la
primera plaza fuerte de la América del Sur, hasta
entonces baluarte inexpugnable de la resistencia
española, si no hubiese mediado la falta absoluta
de sinceridad para con el Jefe de los orientales
por parte del directorio porteño. Mal que pese
á los historiadores argentinos, Artigas era el
único representante de la idea libertadora sin va-
llas ni restricciones de ninguna clase, y en su

afán de ver á su provincia nativa tronchar la tutela de los conquistadores extranjeros, no omitía esfuerzos ni sacrificios para ver realizados sus sueños de patriótica ambición.

Como es natural, su tendencia altruista y noblemente manifestada tenía que crearle dificultades innúmeras, máxime en aquella época caótica, en que los políticos más hábiles de la Revolución carecían de idealidades definidas, reinando por doquiera el desorden y la anarquía.

Aunque parezca paradójal, Artigas, á quien los odios de bandería apodaban el bárbaro y sanguinario, era el único que trabajaba con tesonero ahinco por la causa de la independencia de los pueblos del Plata. Razón sobrada tuvo Juan Carlos Gómez, enemigo por educación y por temperamento del caudillaje bravo y montonero, en llamarle un día, en forma justiciera y galana, el salvador de la democracia en América. Y así es efectivamente. Nadie aventajó en su tiempo al caudillo oriental en la firmeza de sus principios republicanos, defendidos con entusiasmos de vi-

dente y con estoicismos de apóstol. Cuando todos conspiraban contra su persona, pretendiendo aniquilar su influencia poderosa y destruir su magnífica obra de democratismo puro, él dictaba desde los fogones de su campamento los capítulos más hermosos del decálogo político de los pueblos de la América española. Porque Artigas fué á la par guerrero y legislador: general en los campos de batalla y colaborador inteligente é infatigable en el gobierno propio de su provincia; ora dictando resoluciones severas sobre la conservación de la hacienda pública; ora excitando el celo de los cabildos; ora resolviendo conflictos de origen popular, y, lo que es más grande aún, convocando á elecciones á los habitantes del Uruguay bajo su única y exclusiva responsabilidad, con el laudable objeto de nombrar los diputados que debían representar á los orientales en el Congreso General de las Provincias Unidas, reunido á la sazón en la ciudad de Buenos Aires.

Esta actitud altiva y desinteresada del Héroe tratando de salvaguardar los intereses de su pue-

blo y afianzar para siempre su autonomía, expresamente estipulado en las célebres instrucciones dadas por Artigas el 13 de abril de 1813 (2), á los señores Dámaso Larrañaga, Mateo Vidal,

(2) No obstante la índole de nuestro libro, transcribimos en seguida las instrucciones de Artigas, por la trascendencia que ellas han tenido en la posteridad.

«Primeramente pedirá la declaración de la independencia absoluta de estas colonias, que ellas están absueltas de toda obligación de fidelidad á la Corona de España y familia de los Borbones, y que toda conexión política entre ellas y el Estado de España, es y debe ser totalmente disuelta.

»ARTÍCULO 2.º.—No admitirá otro sistema que el de la Confederación para el pacto recíproco con las provincias que forman nuestro Estado.

»ART. 3.º.—Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable.

»ART. 4.º.—Como el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los Pueblos, cada Provincia formará su Gobierno bajo esas bases, á más del gobierno supremo de la nación.

»ART. 5.º.—Así éste como aquél se dividirán en poder legislativo, ejecutivo y judicial.

Dámaso Gómez, Felipe Cardozo, Fco. B de Rivarola y Marcos Salcedo, que fueron los diputados electos, no satisfizo las miras menguadas y las oscuras ambiciones de los miembros del Congreso, los cuales impidieron ingresar en su seno

»ART. 6.º.—Estos tres resortes jamás podrán estar unidos entre sí, y serán independientes en sus facultades.

»ART. 7.º.—El Gobierno Supremo lo entenderá solamente en los negocios generales de Estado. El resto es peculiar al gobierno de cada provincia.

»ART. 8.º.—El territorio que ocupan estos pueblos de la costa oriental del Uruguay hasta la fortaleza de Santa Teresa, forma una sola Provincia, denominante: La Provincia Oriental.

»ART. 9.º.—Los siete pueblos de Misiones, los de Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó, que hoy ocupan injustamente los portugueses, y á su tiempo deben reclamarse, será en todo tiempo territorio de esta Provincia.

»ART. 10.—Que esta Provincia por la presente entra separadamente en una firme liga de amistad con cada una de las otras, para su defensa común, seguridad de su libertad, y para su mutua y general felicidad, obligándose á asistir á cada una de las otras contra toda violencia ó ataques hechos sobre ellas, por motivo de re-

á los representantes de la Provincia Oriental, bajo el tonto pretexto de irregularidades cometidas en el otorgamiento de los poderes. La causa, sin embargo, no era otra que la de matar en germen la tendencia independiente del caudillo,

ligión, soberanía, tráfico, ó algún otro pretexto, cualquiera que sea.

»ART. 11.—Que esta Provincia retiene su soberanía, libertad é independencia, todo poder, jurisdicción y derecho que no es delegado expresamente por la Confederación á las Provincias Unidas juntas en Congreso.

»ART. 12.—Que el puerto de Maldonado sea libre para todos los buques que concurren á la introducción de efectos y exportación de frutos, poniéndose la correspondiente aduana en aquel pueblo; pidiendo al efecto se oficie al comandante de las fuerzas de S. M. B. sobre la apertura de aquel puerto, para que proteja la navegación ó comercio de su nación.

»ART. 13.—Que el puerto de la Colonia sea igualmente habilitado en los términos prescriptos en el artículo anterior.

»ART. 14.—Que ninguna tasa ó derecho se imponga sobre artículos exportados de una provincia á otra; ni que ninguna preferencia se dé por cualquiera regulación de comercio ó renta, á los puertos de una provincia

sintetizada de manera elocuente en aquellas instrucciones famosas que constituirán por siempre una de las páginas más brillantes de la historia política de la revolución americana y uno de los timbres de mayor gloria para la personalidad de

sobre las otras; ni los barcos destinados de esta provincia á otra serán obligados á entrar, á anclar, ó pagar derecho en otra.

»ART. 15.—No permita se haga ley para esta provincia sobre bienes de extranjeros que mueren intestados, sobre multas y confiscaciones que se aplicaban antes al rey, y sobre territorio de éste, mientras ella no forma su reglamento y determine á qué fondos deben aplicarse, como única al derecho de hacerlo en lo económico de su jurisdicción.

»ART. 16.—Que esta provincia tendrá su constitución territorial; y que ella tiene el derecho de sancionar la general de las Provincias Unidas que forme la Asamblea Constituyente.

»ART. 17.—Que esta provincia tiene derecho para levantar los regimientos que necesite; nombrar los oficiales de compañía, reglar la milicia de ella para la seguridad de su libertad, por lo que no podía violarse el derecho de los pueblos para guardar y tener armas.

»ART. 18.—El despotismo militar será precisamente

Artigas. A pesar del desaire evidente que le infirieron los políticos bonaerenses, rechazando por animosidad sectaria la representación del pueblo oriental, el Protector supo colocarse por encima de las bajas pasiones localistas, ratificando nuevamente el nombramiento de diputados y, otorgándoles nuevas credenciales, los envió á correr

aniquilado con trabas constitucionales que aseguran inviolable la soberanía de los pueblos.

»ART. 19.—Que precisa é indispensable, sea fuera de Buenos Aires donde resida el sitio del gobierno de las Provincias Unidas.

»ART. 20.—La Constitución garantizará á las Provincias Unidas una forma de gobierno republicano, y que asegure á cada una de ellas de las violencias domésticas, usurpación de sus derechos, libertad y seguridad de su soberanía, que con la fuerza armada intente alguna de ellas sofocar los principios proclamados. Y asimismo prestará toda su atención, honor, fidelidad y religiosidad, á todo cuanto crea ó juzgue necesario para preservar á esta provincia las ventajas de la libertad, y mantener un gobierno libre, de piedad, de justicia, moderación é industria. Para todo lo cual, etc. Delante de Montevideo, á 13 de Abril de 1813.—*José Artigas.*»

la odisea del ingreso legislativo. Ya nadie era sincero en la otra margen del Plata con el titán rebelde. Hasta el propio Rondeau, que conocía como nadie el valor y la abnegación de la falange artiguista, se dejó influenciar por las tendencias perniciosas que flotaban en aquel ambiente huracanado, hasta el extremo de transformarse en instrumento servil de las odiosidades canibalescas de Posadas. Así, pues, cuando este irreflexivo director creyó quebrantada la influencia de Artigas por el rechazo torpe y premeditado de su delegación, ordenó la elección de tres representantes con prescindencia absoluta del Héroe, habiéndole tocado en suerte á su aliado de la víspera, como una ironía sangrienta, ser el verdugo de la soberanía popular é imponer la voluntad porteña en las deliberaciones del celebrísimo Congreso de la Capilla de Maciel, fuente de males futuros que la historia ha de juzgar algún día con merecida severidad.

¿Soportaría Artigas con mansa resignación tanta humillante afrenta, tanta deslealdad, tanto

desconocimiento de sus brillantes servicios á la Revolución, y, lo que es más, soportaría impasible ese golpe de gracia que pretendía darse á su poder? Jamás. El caudillo oriental no era hombre á quien intimidara la prepotencia de la fuerza. Fuerte en sus derechos, leal y consecuente con sus ideas emancipadoras, el ilustre laureado de las Piedras reunía en sí, para defender su pueblo y sus ideales, el valor, la bizarría, el arrojo y la perseverancia de los héroes de Troya. Grande en sus resoluciones de combate, cuando el Protector se sintió herido en sus más caros afectos por la versátil agresividad de la política del Directorio, tomó una de esas medidas radicales que dan relieve típico y característico á su personalidad de luchador: se retiró del asedio de Montevideo en la noche del 20 de enero de 1814, dejando librada la suerte de la plaza á las contingencias no siempre felices del destino.

La situación de Artigas quedaba comprometida con este nuevo gesto de rebeldía. Sus perseguidores, sus enemigos juramentados, los de-

tractores de su personalidad, tendrían ahora una circunstancia favorable para desatar libremente sus iras satánicas sobre el guerrero «sin miedo y sin tacha» que había contrariado más de una vez, por amor á la causa republicana, los planes liberticidas de la política porteña. La venganza directorial no se hizo esperar muchos días sin manifestarse, haciéndolo en una forma de tan refinada crueldad que mereció el anatema de las gentes honradas de su tiempo, como, al transcurrir éste en la eterna sucesión de los años, ha merecido también el fallo condenatorio de la posteridad. El desgraciado decreto de febrero de 1814, poniendo al altivo caudillo fuera de la ley y ofreciendo una prima de seis mil pesos por su cabeza, no ha desempeñado más rol histórico que el de evidenciar la superioridad moral del perseguido y poner de relieve la falta de inteligencia de Posadas, cuya incapacidad para las tareas del gobierno lo llevaron á la más vergonzosa bancarrota política y económica. Era demasiado sólido el pedestal en que descansaba la fama y el prestigio del Héroe, para que pudiera ser de-

tribado por el violento huracán de las pasiones directoriales. Artigas, á semejanza de Anteo, recobraba nuevos bríos en la lucha, y su campo de acción se ensanchaba á medida que las pequeñeces de algunos seres querían quebrar su autoridad, libremente emanada de la espontánea voluntad de los pueblos.

Es que el Protector era el genio, era el alma, era el verbo de la Revolución y el ángel custodio de las teorías federativas-republicanas, que muchos de los intelectuales de la asonada de mayo desconocían en absoluto.—Por eso las persecuciones contra su persona no encontraban eco en las grandes masas campesinas, conocedoras por humana intuición de que aquel hombre era el apóstol de la Libertad, bregador incansable por conquistar para sus hermanos del Continente una patria que, dentro de la fórmula de la más adelantada democracia, representara para todos la igualdad ante la Ley y el libre ejercicio de sus derechos ciudadanos. Esto lo comprendieron aquellas batalladoras provincias de Córdoba, En-

tre Ríos, Corrientes y Misiones, que desarrollaban sus actividades guerreras bajo la protección desinteresada del Jefe de los orientales, dispuestas siempre, como lo demostraron en diversas ocasiones, á coadyuvar á la gloria y al esplendor de las armas de Artigas. Y cuando Posadas lanzó á los vientos de la publicidad su bárbaro decreto, rubricado para baldón de su nombre por don Nicolás Herrera, la influencia del Héroe se hizo sentir de manera más poderosa é irresistible, evidenciándose desde luego el hecho sugestivo de que sus parciales habían comprendido todo el alcance y significado de las Instrucciones de 1813. El Protector tenía, pues, que salir victorioso en esa brega encarnizada, á la cual lo habían arrastrado, más que sus hechos personales, sus ideas políticas, expuestas con la sencillez y la claridad que las circunstancias reclamaban. Su nombre, venerado como el de un Dios por miles de hombres que aspiraban á gozar los bienes de la vida independiente, necesitaba un desagravio después de las irritantes injusticias de

Posadas y de los panfletos injuriosos de don Pedro Feliciano Cavia. Las pruebas de adhesión y de confraternidad de las provincias de su protectorado no se hicieron esperar mucho, y Artigas tuvo que sentirse necesariamente satisfecho al ver la confianza que los pueblos depositaban en su persona. Así Córdoba, madre fecunda y pródiga, cuyos senos habían amamantado á muchos leoncillos de la Revolución, realizó un acto de justicia á la par que rindió una prueba más de su invariable amistad al Jefe de los orientales, cuando en 1815, meses después del decreto del directorio porteño, le decretaba una espada de honor con una inscripción digna del republicanism y la austeridad de Wáshington: «Córdoba en los primeros ensayos, á su Protector el inmortal general don José Artigas.»

¿Qué mayor gloria para el Héroe que este reconocimiento tácito de sus grandes servicios á la causa de la Libertad? Es la más adelantada de las provincias del viejo virreinato que proclama las excelencias de su régimen y pone de

manifiesto ante el mundo que es perseguido y calumniado porque encarna las más nobles aspiraciones populares.—Los historiadores argentinos al pretender pintar al ilustre blandengue con los odiosos caracteres de un conculcador de libertades á lo García Moreno, á lo Itúrbide, á lo Rozas, no pueden menos que rendirse ante la evidencia de ciertos hechos que fluyen del estudio sereno y desapasionado de aquel período de turbulencias é incertidumbres surgido al triste conjuro de los motines bonaerenses. La animadversión al caudillo oriental, sistemáticamente decretada por insalvables pasiones de bandería, no ha de tardar en esfumarse entre las brumas que envuelven el pasado de las nacionalidades jóvenes; porque doquiera se investigue la actuación del antiguo perseguidor de contrabandistas en la campaña uruguaya, no se encontrará más que alteza de miras y magnanimidad de sentimientos. Esto que decimos no es una vana afirmación hija del entusiasmo que, como hijos de esta tierra charrúa, podamos sentir por la figura prome-

teana del desertor de Muesas. Cuando Alvear, enemigo juramentado del Protector, es derrocado del Directorio por una asonada militar y viene á subsituirlo el general Alvarez Thomas, éste busca de todas maneras la amistad y la protección de Artigas, llevando su obsecuencia hasta el extremo de enviarle engrillados siete de los jefes más adictos al director caído y detractores de la personalidad del Héroe, para que fuesen castigados según él lo deseara, como si se tratase de un ambicioso vulgar ó de un temible sanguinario á la manera de Maximiliano Robespierre. Pero el caudillo no era enemigo de los hombres, sino de las ideas extraviadas que germinaban en algunos cerebros poco reflexivos, repugnando á su conciencia honrada todo acto desprovisto de moralidad. Lidiador en los torneos del derecho político hispanoamericano con la contagiosa pasión que lo era en las justas varoniles del coraje, no podía aceptar el rol degradante que se le brindaba sin manchar en el inmundo lodazal de la depravación y el crimen toda una tradición

de gloria, conquistada merced á su perseverancia de luchador. El rechazo de la salvaje proposición del novel gobernante y la nota con que Artigas acompañó la devolución de esa especie de botín de guerra con el cual se le obsequiaba, demuestran bien acabadamente el pensamiento de justicia que albergaba su noble corazón.

La frase de conmovedora sencillez y de evangélica grandeza: *el general Artigas no es un verdugo*, debió de repercutir con tristes sonoridades entre los politicastros porteños, que hubiesen deseado, á buen seguro, ver derrumbarse el poder artiguista ante el desprestigio en que hubiese caído si aceptaba la venganza sangrienta que se le proponía como una afrenta á la civilización y un homenaje á la barbarie. ¡Era el Protector demasiado grande para realizar un acto tan pequeño!—Su severa lección de moral cívica le valió divorciarse nuevamente de aquellos directorios inexpertos que en su afán de avasallarlo todo, sólo sembraban la anarquía entre las filas libertadoras, habiendo peligrado más de una vez

la causa de la Revolución debido al desorden, á la ambición y á la impericia de los que enfáticamente se titulaban directores políticos. Mientras tanto el Héroe proseguía su obra abandonado á sus propios esfuerzos, guiando con la fortaleza de un dios á sus legiones orientales, que resistían con perseverancia y abnegación las contingencias de la larga campaña libertadora. El es el constante defensor en el sur del Continente de la teoría del gobierno republicano-federativo, idea que vive en su cerebro y palpita en su pecho como un ensueño, hasta llevarlo á poner bajo su protectorado á aquellas provincias que reconocían el sistema de su predilección. Así, pues, mientras Manuel de Sarratea, de quien dijimos antes que en 1812 había intentado quebrar la autoridad de Artigas y aniquilar su prestigio, andaba por las cortes de Europa en compañía del sesudo don Bernardino Rivadavia y del fracasado general don Manuel Belgrano, mendigando una testa coronada para colocar en el trono de la joven América, el caudillo oriental realizaba la conjunción democrática de varios pueblos

aguerridos y fuertes que no comulgaban en los altares desprestigiados de la monarquía. Esta consecuencia á sus ideas, manifestada frecuentemente en los oficios de su literatura militar, era lo que no toleraban los directores de la absorbente política porteña, que lanzaron criminalmente sobre el territorio de la antigua Provincia Cisplatina aquellas formidables invasiones portuguesas, á las cuales Artigas combatió con diversas alternativas durante cuatro años sin contar con más recursos que los conseguidos gracias á su ingenio y á su astucia guerrera. No por esto decayó su ánimo ni un solo instante ni se apartó de sus mirajes de Libertador la bella visión de la república federada que el espíritu clarovidente de Monterroso le había hecho vislumbrar en sus apasionamientos patrióticos. ¿Podía, acaso, concebirse en otra forma la ansiada independencia americana? Respondemos sin vacilaciones negativamente. Era ilógico, era impolítico, era brutal, pretender sacudir el yugo del coloniaje para implantar en los noveles estados del mundo colombiano un reyezuela cualquiera, á

semejanza del que quería establecer en 1819 el director Pueyrredón, quien en sus vehementes entusiasmos monarquistas soñaba con coronar al príncipe de Luca y desposarlo con una dama de la realeza brasileña.

Esta nueva aventura en busca de un amo para los pueblos libres, mereció, como era de esperarse, la más severa condenación por parte de Artigas, único baluarte al que corrían á refugiarse en las horas aciagas del desaliento las más batalladoras de las provincias argentinas. La resistencia férrea y tenaz que el Protector oponía á la continua demanda de monarcas extranjeros para hollar la libertad naciente, aumentaba el vasto círculo de sus aliados y admiradores, aun entre los brigadieres de la ciudad de Mayo, algunos de los cuales, como el circunspecto y caballeresco José de San Martín, se negó repetidas veces á atacar al Jefe de los orientales, no obstante los reiterados pedidos de los directorios bonaerenses. La fama del Héroe se había extendido tanto y sus ideales de gobierno eran tan puros,

que su prestigio, como el de Bolívar, no decaía jamás, á pesar de que muchos de sus enemigos, unidos en un maridaje indigno, conspiraban contra su personalidad esclarecida. La ola de la intriga y de la envidia iba creciendo á la sombra de los rencores personales, mal encubiertos con la máscara de la adhesión y la sinceridad. Llegó un momento en que, debido á habilidosas maniobras, hasta sus propios tenientes Ramírez y López se creyeron con alas de cóndor para escalar la cima del poder artiguista, mareados con las promesas y planes descabellados del emigrado político José Miguel Carrera, ex dictador de su país, quien odiaba á O'Higgins con el más terrible de los odios, queriendo vengar á todo trance la muerte de sus hermanos, acaecida en los desgraciados sucesos que en pleno movimiento emancipador enlutaron al pueblo chileno.

Despechado el audaz revolucionario por el rechazo que hiciera el Protector de sus planes de dominación y de exterminio, se transformó en el brazo oculto que minaba su influencia poderosa.

—El fué quien llevó á Sarratea, Ramírez y López á la celebración del conocido Tratado del Pilar, guante arrojado al rostro de Artigas, que éste supo recoger con el valor sereno de un estoico. Carrera se vanagloriaba de haber desempeñado el papel poco lucido de Yago en el ajuste de esa Convención insincera y antipolítica, efectuada entre hombres de opuestas tendencias, separados de antaño por diversidad de criterios y unidos al acaso por la intervención oficiosa de un conspirador que ansiaba gobernar nuevamente su patria al chasquido inquisitorial del látigo de Cromwell. El caudillo oriental que conocía las bases maquiavélicas del tratado, así como las cláusulas secretas que había suscrito el principal actor, lo desaprobó desde los primeros momentos, exigiendo de Ramírez la protección á su Provincia en la lucha desigual que el Héroe venía sosteniendo con los portugueses, sobre los cuales había obtenido espléndidos triunfos, pero se había visto derrotado en las márgenes del Tacuarembó el 22 de enero de 1820, después de sos-

tener un combate encarnizado y sangriento con los invasores extranjeros. Los deseos de Artigas no fueron satisfechos por el general entrerriano que él había prohiado en nueve años de continuo batallar, enseñándole á resistir con coraje y desinterés la prepotencia liberticida de los déspotas. Ante semejante desobediencia el Protector resuelve someter por las armas al teniente rebelde, combatiendo durante largos meses en la Provincia de Entre Ríos, una de las de su protectorado é hija de sus ideas políticas que vió combatir en su seno por última vez al esforzado paladín de la democracia hispanoamericana, en jornadas tan importantes como la de «Las Guachas», en la cual Ramírez sufrió el castigo de su ingratitud para con el constante defensor de los pueblos libres.

Pero el desaliento venía apoderándose ya de aquella alma forjada en la fragua de los grandes capitanes, que había inscripto en los anales de la Revolución las más bellas páginas del gobierno republicano. Cansado de la vida de los

campamentos en la que se había deslizado toda una década de su agitada existencia; contristado con la actitud de algunos hombres que él había formado con sus luces y su experiencia; abatido con los contrastes que las armas orientales sufrieran en algunos combates con los invasores portugueses; falto de recursos para atender á las necesidades más apremiantes de una larga guerra, rechazó en un momento de amarga indecisión, los ofrecimientos de hombres y de armas que le hicieran sus adeptos, y marchó con un centenar de sus parciales hacia la expatriación voluntaria, internándose en territorio paraguayo el 23 de septiembre de 1820, fecha memorable por muchos conceptos, que inicia una nueva etapa en la historia política de este guerrero, sólo comparable á un Dios por la majestad de su grandeza. El Protector habían abandonado el teatro de sus grandes hazañas; mas sus ideas vivían en la conciencia y en el corazón de los pueblos que él había protegido en las horas desconcertantes de la anarquía, cuando caudillejos rebeldes disolvían cabildos, declaraban cesan-

tes á los directores supremos, imponiendo su voluntad despótica de individuos surgidos del caos social, habiendo presenciado la culta Buenos Aires, después del Tratado del Pilar, entrar victoriosos en la ciudad á esos mismos caudillos, seguidos de sus escoltas gauchas, sembrando el espanto en la sociedad porteña y haciendo temblar de pánico á sus habitantes, como las hordas de Atila hacían enmudecer de terror á los pacíficos pobladores de Bizancio, siempre que el *azote de Dios* exigía un tributo al emperador Teodosio.

Se ha pretendido empequeñecer la obra gigantesca del Héroe arrojando torpes calumnias sobre su nombre, hasta presentarlo con los odiosos caracteres de un vulgar tiranuelo y de un general sanguinario, desconociendo á la par que su brega continua por la independencia y libertad de las colonias de media América Latina, el desprecio que le inspiraban los actos innobles de vandalaje, demostrado por él con la evidencia incontestable de los hechos positivos cuando devolvió al Directorio de Buenos Aires aquellos

siete jefes que la falta de moralidad de los hombres del otro lado del Plata querían inmolar en el altar de los sacrificios humanos. Artigas fué grande en la doble acepción de libertador de pueblos oprimidos y sembrador inteligente y entusiasta de ideas liberales de gobierno propio, que él sostuvo con ejemplar heroísmo, sacrificando fortuna y bienestar en homenaje á una patria libre y respetada por sus instituciones democráticas. ¿Puede, acaso, decirse lo mismo de los demás hombres de la revolución americana? No.—Luchaban como héroes porque se encontraban en el período primitivo que Spencer califica con el nombre de guerrero; pero en materia de organización política y social no conocían en su inmensa mayoría las ventajas de la república sobre la monarquía, de la democracia igualitaria sobre la abominable autocracia de los zares. Esta es la causa de la animadversión de los escritores que han pretendido denigrar y obscurecer la personalidad del Protector, pues mientras los gestores del movimiento emancipador se sentían im-

potentes para labrar la felicidad de las antiguas colonias españolas, él veía agitarse en torno de sus idealidades superiores la visión serena del porvenir, luchando por encauzar en el régimen de la igualdad y la fraternidad á las nacionalidades que surgirían en el escenario continental, siendo éste timbre eterno de su gloria, porque no tuvo más norte que la libertad, ni más ambición que la del bien, como lo demostró cuando, desprendiéndose de su fortuna, la envió á Lavalleja y demás patriotas prisioneros en la Isla Dos Cobras.

Como todos los varones de su talla, nacidos para vivir la vida de la inmortalidad, descendió de la cumbre del poder militar que había ejercido durante más de nueve años, sin sentir las nostalgias de las posesiones abandonadas por propia voluntad, cuando el caudillo comprendió, con la aguda clarovidencia de los espíritus videntes, que su misión había terminado y que la semilla por él arrojada en el abierto surco republicano germinaría más tarde al sol del patrio-

tismo. Mientras tanto, ¿cuál era el estado del Héroe en aquella semisalvaje tierra paraguaya? Sufrió un cautiverio infame y un espionaje crapuloso, indignos del titán rebelde que cansado de las ingraticudes humanas había buscado un país hospitalario y amigo para pasar tranquilamente los años de vida que le deparase el destino, lejos del escenario que había llenado con sus hechos gloriosos cuando su figura de luchador crecía y se agigantaba en la defensa heroica contra los usurpadores de la soberanía popular. Francia, el sombrío tirano que á pesar de su barbarie mereció las loanzas hiperbólicas de Carlyle, no miraba con buenos ojos la presencia de Artigas en sus esclavizados dominios, temiendo, sin duda, que el ilustre guerrero intentara sacudir el yugo que pesaba como una capa de plomo sobre la desgraciada nación paraguaya.— Desconfiado y receloso como todos los déspotas, encerró durante seis meses al Jefe de los orientales en el Convento de la Merced, destinándolo luego á la lejana aldea de Curuguaty, en donde, á la manera de Cincinato, labraba la tierra en

compañía de su viejo y fiel asistente Ansina, repartiendo entre los pobres del vecindario, no sólo los frutos de su trabajo personal, sino también los treinta y cinco pesos que el dictador le había señalado como sueldo, teniendo en cuenta para ello la remuneración que gozaba el blandengue rebelde como teniente del ejército español. Veinte años llevó el Protector esta vida de pacífico labriego, lejos del bullicio mundanal, sin sentir el estampido del cañón ni la intriga cortesana, como un hombre insignificante sobre cuyos hombros no hubiesen pesado jamás las responsabilidades de un conductor de multitudes ciudadanas y libertador de pueblos oprimidos. Pero esta quietud en que iban transcurriendo sus días de expatriado vino á interrumpirse el 20 de septiembre de 1840, á raíz de la muerte del bárbaro opresor Gaspar Rodríguez de Francia, habiéndose visto reducido á prisión por el jefe del distrito de su residencia, para responder, se le dijo, del fin del Supremo. Felizmente, esta aventura postrera del Héroe no tuvo consecuencias ulteriores de ninguna especie.

El nuevo gobernante paraguayo, queriendo incorporar su nacionalidad al concierto de la civilización y estrechar las relaciones internacionales que tienen entre sí los países cultos, abrió los puertos al comercio extranjero y tomó diversas medidas de gobierno tendentes á dar brillo y esplendor al nombre del Paraguay, arrancándolo así del aislamiento en que yacía desde la época de su antecesor. Para demostrar más acabadamente sus tendencias liberales, López dispuso asimismo que cesara la situación irregular á que se había visto sometido el vencedor de las Piedras, disponiendo que fuese trasladado á la Asunción, en cuyos alrededores vivió respetado y querido, siendo visitado de tarde en tarde por distinguidas personalidades europeas y americanas, las cuales, sin conocer á fondo la actuación del heroico paladín de la libertad sudamericana, lo juzgaron con muy diverso criterio, unos entonándole el himno de los grandes capitanes y otros tratándolo con el desprecio de los réprobos. Nada hay de particular, por cierto, en esta

disparidad de juicio con que ha sido juzgada la obra política de Artigas por parte de sus contemporáneos, si se tiene presente que hay múltiples factores que gravitan sobre el corazón y el cerebro de los hombres de una misma generación al juzgar los actos de aquellos que sobresalieron por su abnegación y patriotismo. ¿Kosciusko y Bolívar, Wáshington y San Martín, han merecido acaso el mismo elogio justiciero de aquellos que vivieron en su época?—Evidentemente que no.—El tiempo es el único nivelador sereno de las acciones humanas, porque tiene el poder de aplacar las iras y esfumar las rivalidades, hacer dormir la sierpe de la envidia y transparentar la luz de la verdad.

Por eso la figura del Héroe, á quien el Paraguay vió morir el 23 de septiembre de 1850, á los treinta años de tenerlo albergado en su seno, ha ido creciendo en la consideración de los modernos historiadores americanos, figurando hoy su nombre al lado de los demás libertadores del Continente, sin que nadie ose disputarle *el sitio*

que ocupa por derecho de conquista en la galería de los adalides de la independencia de Hispano América.

El ostracismo voluntario del Jefe de los orientales y Protector de los pueblos libres, ha sido también diversamente juzgado por la crítica histórica. Sin embargo, su actitud tiene para nosotros lógica y satisfactoria explicación, siendo esa precisamente una de las páginas de su vida pública que hablan más en favor de su desinterés patriótico y de su abnegación sin límites. Demostró de ese modo que él no luchaba por satisfacer ambiciones malsanas, sino por salvar los principios de la Revolución, cuya causa había defendido como ninguno de sus progenitores, porque ella simbolizaba igualdad, libertad y fraternidad para las castigadas provincias de la vieja España. En todas sus proclamas, como en las célebres Instrucciones de 1813, la idea predominante era la de hacer comprender la superioridad del gobierno republicano sobre las raras teorías de ciertos prohombres del pueblo de Mayo. Las

ciudades más populosas y los caudillos de mayor prestigio prestaron desde los primeros momentos todo su apoyo á la tesis política del ilustre blandengue; pero cuando la descomposición se hizo sentir con toda la rudeza de las cosas fatales, él comprendió que su misión no era la de exterminar á sus propios aliados de la víspera y tomó el camino de la expatriación como un hombre experimentado, al cual no podían seducir los halagos de un poder edificado sobre los escombros de la guerra civil. Sabía que sus teorías se habían grabado en el corazón del pueblo con caracteres indelebles, y eso le bastaba. Arquitecto de la gran obra emancipadora, él había levantado sobre base granítica los cimientos del edificio de la libertad, tocando á otros brazos más jóvenes que los suyos terminar la comenzada tarea. Y así sucedió efectivamente. Fueron antiguos subordinados de Artigas, arriesgados capitanes á los cuales había iniciado en las justas del coraje y en la escuela del patriotismo, los que conquistaron con energía la independencia de la Pro-

vincia Oriental. Fieles guardadores de la tradición artiguista, cumplieron con los anhelos del titán expatriado, dotando al naciente país de instituciones liberales y esencialmente democráticas.—El Héroe debió sentir una gran alegría cuando llegó hasta su lejano retiro paraguayo la noticia de la constitución de un estado libre en el suelo amado donde había nacido y combatido tantas veces por la libertad. No eran los vastos dominios que él había soñado conquistar en los días felices de su apogeo; pero, no obstante, era una nacionalidad que surgía á la vida independiente respetada por el valor y la perseverancia de sus hijos, y envidiada á la vez por su excepcional posición topográfica. Mas el Precursor fué fiel á su primer pensamiento: rechazó la proposición del gobierno de los Estados Unidos que le brindaba grados y honores, y no quiso tampoco retornar al seno de la Patria, á pesar de que Rivera primeramente, y Oribe después, trabajaron con tesonero afán en el nobilísimo empeño de traerlo á respirar las brisas nativas y á contemplar á través del tiempo el teatro de sus glo-

riosos hechos. Como el vencedor de San Lorenzo, el de las Piedras quiso dormir el sueño de la muerte en tierra extranjera; el uno aspirando el aire puro de Boulogne-Sur-Mer, y el otro extasiado en la contemplación de la naturaleza asunceña, que le vió expirar al mes de haber emprendido el viaje sin retorno su digno hermano en sinsabores y heroísmos.

En su larga peregrinación libertadora el Héroe recogió muy pocas flores, habiéndole sido el destino adverso y cruel; pero como acontece con los grandes benefactores de los pueblos, cuando su envoltura corpórea rindió tributo á la madre tierra, las mil trompetas de la Fama, unidas á la severidad de la Justicia, lo incorporaron á la legión de los inmortales, como un homenaje al gallardo adalid, cuya constancia en la lucha y fe en la pureza de sus convicciones, había echado las bases del código político de los países ribereños del Plata. ¡Blasón eterno de la gloria de Artigas que constituye el génesis de la democracia washingtoniana en los antiguos dominios castellanos!

Libertadores y constituyentes

LIBERTADORES Y CONSTITUYENTES

Por diverso que sea el criterio con que nuestros escritores juzguen la génesis de la independencia nacional, no podrá negarse nunca, sin ir abiertamente contra la verdad que fluye de los sucesos políticos acaecidos desde 1825 á 1828, que si somos nación soberana y libre, lo debemos, sobre todo, á la temeraria empresa del general Rivera al conquistar en veinte días los siete pueblos de las Misiones. Esta campaña militar del discípulo y heredero de glorias y heroísmos del precursor de la nacionalidad, es única en los anales históricos de las democracias hispano ameri-

canas, y epiloga brillantemente la trilogía libertadora del Rincón, Sarandí é Ituzaingó.

Es, pues, merced al esfuerzo virilmente sostenido del austero comandante artiguista, secundado por jefes dignos de su prestigio y de su gallarda intrepidez, por lo que somos hoy independientes los nacidos en el suelo de la vieja y altiva provincia Cisplatina. No debe ser un misterio para ningún ciudadano que ame las tradiciones patrias, que la divisa de guerra del general Rivera llevaba como lema de combate la significativa frase de: «Ni brasileiros ni porteños». —Es esto, por sí solo, todo un programa de principios. La espada que abatiera otrora en Guayabos á la soberbia argentina en potencia, tenía que ser la misma que años más tarde, obediendo á idénticos ideales patrióticos, derrotaría en Misiones al fuerte ejército del gobernador Alencastro, desviando así el punto de mira de la astuta diplomacia imperial. Rivera solo, perseguido y calumniado por aquellos que se sentían pequeños ante su talla gigantesca de libertador,

pudo realizar esta campaña de heroicidades homéricas, dictando después desde las márgenes del Ibicuy los límites del Estado Oriental, algo más amplios que los que luego se aceptaron, debido á circunstancias de otro orden que no es este el momento de tratar. Nadie como don Pedro I (1), el sensato emperador brasileño, ha expresado tan gráficamente la importancia que tuvo esta victoria casi fabulosa para la geografía política de los países del Río de la Plata. Y tan grande fué la convulsión experimentada por los dos poderosos señores que se disputaban el predominio de nuestro rico territorio, que no tardó en ser firmada y ratificada la Convención Preliminar de Paz de 1828, que tuvo como complemento armónico el acto solemne de soberanía popular del 18 de Julio de 1830.

(1) El reputado historiador brasileño A. Deodero de Pascual pone en boca de su monarca la siguiente frase: *Con otra disidencia los jefes orientales se vienen á Porto Alegre.* (Apuntes para la historia de la R. O. del U.— París, 1864).

La independencia nacional no se debe, por consiguiente, al acaso, como se ha pretendido sostener más de una vez. Fueron legiones de gauchos indomables quienes la conquistaron á golpes de sable en un período de batallas helénicas que forma la edad de oro del coraje criollo. No hay que buscar la base sobre que reposa la libertad de la patria en los cubileteos diplomáticos del imperio del Brasil y la República Argentina. De la filosofía de nuestras luchas por la emancipación no pueden sacarse conclusiones tan antojadizas que denigren y rebajen el verdadero carácter de la revolución oriental. Si somos independientes, lo debemos única y exclusivamente al esfuerzo heroico de aquellos varones sin miedo y sin tacha que, despreciando toda promesa extranjera, acometieron la noble tarea de conquistar la independencia del suelo nativo.

La fecunda inteligencia de Juan Carlos Gómez, el tribuno grandilocuente y bello espíritu poético, cantor de la Libertad en sonoros alejandrinos, no inventó durante su larga y brillan-

te labor intelectual un sofisma más hiriente para el patriotismo, que este que se está haciendo carne en las generaciones actuales y que subordina la causa de nuestra emancipación política á un gesto de bondad del monarca brasileño. Si hay en la historia de las Repúblicas de la América Latina un alto exponente de aspiraciones patrióticas en la dificultosa realización de la nacionalidad libre, él llega al máximum de cívica abnegación en el proceso de la independencia nacional.

* * *

Los primeros representantes del pueblo oriental, honorarios en el desempeño de sus altas funciones constituyentes, fueron hombres que pusieron toda su buena voluntad y todas las luces de su inteligencia al servicio de la patria. Si cometieron errores, como el de cerrar á los milita-

res las puertas del Parlamento, fueron hijos de la época borrascosa en que les tocó actuar. Quizá esto mismo lo preveían ellos, cuando necesitaron para reunirse la segunda convocatoria del gobernador provisorio; haciéndolo el primer tiempo en la ciudad de San José de Mayo, desde donde se trasladaron á Canelones, y, como la suerte no les fuera propicia en este pueblo, por haberles derribado un huracán la casa en que sesionaban, se vieron obligados á refugiarse en Montevideo, instalándose en una modesta casita del histórico barrio de la Aguada. Fué aquí donde diéron término á su difícil tarea, aprobando definitivamente la Constitución del naciente Estado el 10 de Septiembre de 1829, después de varios meses de incesante labor, de apasionadas discusiones y bellas rivalidades patrióticas, que evidenciaban de manera terminante el amor al terruño en el afán nobilísimo de dotarlo de instituciones democráticas.

Aquella Asamblea Constituyente se había transformado en una justa de la intelectualidad

nacional. Dos cerebros potentes y fuertes eran los abanderados del gran torneo de la elocuencia criolla en su primera manifestación política autónoma.

Santiago Vázquez y José Ellauri, eran esas dos águilas caudales del pensamiento. Ellos eran quienes, en primer término, trazaban rumbos á sus demás compañeros de labor constitucional. El primero era erudito en extremo, de temperamento razonador y científico, de verba fácil pero reposada y fría. Aunque de descendencia española, tenía, no obstante, una educación política esencialmente yanqui; ideas genuinamente liberales y una larga práctica en los parlamentos y negocios de Estado. Su palabra, pues, era escuchada con respeto por los próceres ilustres de nuestra primera asamblea. El doctor José Ellauri era un tribuno fogoso; joven, soñador, de naturaleza sensitiva é idealista, de voz bien timbrada y con un bello caudal de conocimientos literarios y políticos bebidos en los autores de la Revolución Francesa. Juan Jacobo fué su maes-

tro favorito. --Puede decirse que uno era el complemento del otro. Así mientras Ellauri proclamaba el sistema legislativo unicameral, la irresponsabilidad de los ministros y otros preceptos equivocados de derecho constitucional, el doctor Vázquez abogaba por el sistema bicameral y por la responsabilidad de los miembros del Poder Ejecutivo de la Nación; triunfando al fin esta tesis con el propio asentimiento de su inteligente contradictor.



Nuestros constituyentes de 1830 al jurar solemnemente en la plaza Constitución la Carta Magna, pusieron en evidencia ante los ojos de las demás naciones de la tierra, que nunca es débil ni pequeño un pueblo cuando lucha por el derecho hollado ó por la libertad vilipendiada.

El viejo Cabildo colonial, en donde había resonado en 1808 la voz de los precursores de la independencia americana en la asonada gloriosa del 21 de Septiembre, fué testigo mudo y simbólico de aquel hermoso acto de gobierno propio, en el cual la palabra de los voceros de la buena nueva tenía el prestigio popular de los cabildantes de los tiempos de amargas vicisitudes del patriarca Artigas. Hasta los humildes soldados que habían contribuído con su brazo y con su sangre á romper las cadenas oprobiosas de la esclavitud, saludaban con entusiasmo á su propia obra, sin comprender tal vez todo su alcance y toda la majestad de su grandeza.

Es que en la letra y en el espíritu de ese código republicano latía armoniosamente lo que Renán llamaba el corazón de la patria. No era un documento perfecto, ni siquiera original; pero representaba en cambio la voluntad de un pueblo viril y abnegado. Era la aspiración suprema de una raza de Bayardos que recibía sanción moral y cívica, sabiamente interpretada por sus pri-

meros representantes (2). La modestia de estos ciudadanos ilustres es su mayor elogio. A pesar de los vótores y aclamaciones populares, ellos no se marearon por el falso espejismo de una vanidosa sapiencia. Sabían y así lo manifestó el miembro informante en su magistral dictamen, que no habían concebido una obra eterna ni de una perfectibilidad absoluta.

Legisladores de una nación que recién nacía á la vida de la libertad, la circunspección tenía que ser su norte y el ideal democrático su guía. Y así fué felizmente. Las ambiciones personales en

(2) He aquí el nombre de los constituyentes: Silvestre Blanco, presidente; Gabriel A. Pereyra, Cristóbal Echevarriarza, Cipriano Payán, Juan P. Laguna, Pedro F. Berro, Julián Alvarez, Juan B. Blanco, Pedro P. de la Sierra, Manuel Haedo, Juan M. Pérez, Jaime Zudáñez, J. Vásquez Ledesma, J. F. Zubillaga, José Ellauri, J. A. Núñez, J. B. Pereira de Luz, F. A. Vidal, Alejandro Chucarro, Miguel Barreiro, Ramón Massini, Lorenzo J. Pérez, Santiago Vásquez, Antonio D. Costa, Manuel V. Pagola, Solano García, Lázaro Gadea, F. García Cortina, Luis Lamas, Luis B. Cavía.

germen fueron depuestas ante el altar sagrado de la ley. Todos rivalizaban en servir á la patria con desinterés. Y lo que más honra á los primeros representantes del pueblo oriental, es que, por más grande que fuese la disparidad de criterio existente en sus deliberaciones respecto á un punto cualquiera de derecho político, siempre triunfaba la tesis más en consonancia con la liberal constitución de la gran democracia del Norte. Así sólo se explica que hayan podido dotar á su país de una Carta Fundamental (3) en armonía con los conocimientos más avanzados de gobierno propio en aquel tiempo de luchas é incertidumbres, y la cual si es inadecuada para la época presente, debido á las propias leyes de

(3) Nuestra Constitución fué visada por poderes extranjeros. Esto no es culpa de los Constituyentes de 1830, pues estaba así estipulado en uno de los artículos de la Convención de Paz de 1828. Fueron designados para correr con todo lo relativo á su promulgación ante el Gobierno del Brasil y la República Argentina, los doctores don Nicolás Herrera y don Santiago Vásquez.

la evolución y el transformismo que regulan la marcha de las sociedades humanas, perdurará siempre como un monumento de la ilustración puesta al servicio de la libertad.

**La Defensa de Montevideo
y el Cosmopolitismo**

LA DEFENSA DE MONTEVIDEO Y EL COSMOPOLITISMO

LA LEGIÓN FRANCESA

La historia militar y política de los países de Hispano-América, no registra en sus páginas de gloria hechos más hazañosos que aquellos realizados dentro los muros de la invencible Montevideo en la época troyana de su asedio, cuando, en hermanazgo digno y sincero, rivalizaban hijos de todos los pueblos en actos de heroísmo espartano, defendiendo la soberanía del terruño

oriental y la civilización sud-americana, ultrajada y vilipendiada por el déspota sombrío de Palermo.

Es realmente asombroso lo acontecido en la Ciudad Heroica durante los nueve años en que, con diversas alternativas, resistió el empuje avasallador y la prepotencia liberticida de aquel ejército semi-salvaje que el tirano porteño pusiera bajo las órdenes de don Manuel Oribe—antiguo y austero servidor de la patria,—para que sembrara por doquiera la ruina, el odio, la desolación y el espanto. Ciudadanos de distintas nacionalidades realizaban empresas de coraje admirable, disputando palmo á palmo al extraño invasor el suelo patrio, para ofrecer al mundo el ejemplo más glorioso que ofrece la historia contemporánea, de un pueblo que lucha con la valentía y el denuedo de los guerreros de la Troya de Homero, en defensa de su independencia amenazada por el capricho de un tiranuelo neurótico y ensoberbecido.

Puede decirse, sin caer en hipérbole, que en

la reconquistadora ciudad de 1807 se vió realizado, en lo que atañe al espíritu latino del otro lado del Océano y á partir del 16 de Febrero de 1843, lo que el poeta de las cumbres vaticinaria más tarde al terminar su magistral canto «Atlántida», escrito en verso hugoniano y dedicado al porvenir de la raza del Lacio en esta zona meridional del continente americano.

Una trilogía heroicamente viril representaba en la ciudad sitiada la tendencia guerrera y el sentimiento caballeresco de las potencias latinas que han conquistado un puesto prominente en el concierto de la civilización universal, merced al talento de sus hijos en las múltiples manifestaciones de la actividad humana.

La España de Miguel de Cervantes y de Gonzalo de Córdoba, estaba representada por Neira y por Palleja, dos leones castellanos; la Italia del Dante y de Petrarca, por Garibaldi y por Anzani, los dos exponentes más altos del valor itálico del siglo XIX; y Francia, que es la institutriz de la humanidad desde que contó con los genios de

Juan Jacobo y de Voltaire, estaba representada por Juan Crisóstomo Thiébaud y Juan Bautista Brie de Loustan, dos caballeros sin miedo y sin tacha como el Bayardo temerario de los tiempos heroicos.

Los italianos han sido más de una vez glorificados por la posteridad. Tocóle en este caso á la justicia histórica ser la reguladora de las recompensas á que hace ya medio siglo se hicieron acreedores en nuestra invencible Montevideo los ciudadanos de la vieja Galia que, despreciando los halagos de la fortuna y la dulce quietud del hogar, se sacrificaron en cien combates por amor á la libertad de la patria adoptiva.

¡Hermoso ejemplo de cívica abnegación que no todos han comprendido en su verdadero altruismo!

El pueblo francés—cruzado del Heroísmo y de la Gloria desde aquellos días de efervescencia política en que Mirabeau hiciera temblar con su frase candente los cimientos de la monarquía del infortunado Luis XVI,—fué siempre amigo con-

secuente y leal de los defensores de Montevideo. Mientras miles de sus hijos combatían aquí con gallarda intrepidez por la soberanía nacional, otros trabajaban en París por la suerte de los héroes sencillos de la Ciudad Heroica. Así la palabra autorizada de Adolfo Thiers pudo resonar más de una vez en el Parlamento, abogando por la protección de los sitiados; y así también, el popular y romántico Alejandro Dumas, inspirado por el verboso Melchor Pacheco, pudo hacer una brillante propaganda escrita en beneficio del Uruguay, amenazado en sus derechos de nación soberana y libre por la aventura quijotesca guerrera del señor feudal de la Argentina.

Francia se mostró en esa emergencia generosa y justa, pues las gestiones del gran repúblico y las del eminente novelista francés, secundadas eficazmente por la sagacidad y buen tino del enviado extraordinario del gobierno de Montevideo, fueron de halagadores resultados para la causa de los sitiados de la Nueva Troya. Ni Gui-

zot con su prestigio parlamentario, ni algún ministro del príncipe Luis Napoleón Bonaparte con la poderosa influencia que tenía sobre la persona del monarca, pudieron hacer que el suelo de Corneille dejara de ejecutar un acto de hidalguía caballeresca. Se dispuso entonces el envío al Río de la Plata de una expedición militar al mando del coronel don Bertin du Chateau, votándose al mismo tiempo un empréstito para socorrer á los bravos defensores de la metrópoli oriental (1).

* * *

La imaginación no obedece, como la razón, á las leyes severas de la lógica. Por eso nos ha llevado insensiblemente á hablar de hechos que por su orden cronológico debieran haber que-

(1) Wrigth: «Apuntes históricos».

dato para ser tratados más adelante, olvidando por un instante la formación de la Legión Francesa, que ya cuando la invasión de Echagüe en 1839 había tenido su primera manifestación, formándose entonces un cuerpo cívico de voluntarios con el asentimiento y beneplácito del contralmirante Le Blanc.

Pero nada se pierde con haber narrado en algunas líneas el cariño casi fraternal con que las principales autoridades francesas de la época trataban á los que, amparados por la ley moral y por el derecho de gentes, resistían en nuestra Montevideo el avance de los ensoberbecidos mazorqueros de Rosas.

Parece que el representante del Calígula porteño se había identificado de tal modo con su escuela sanguinaria, que uno de sus primeros actos, después de sentar sus reales en la cumbre del Cerrito, fué dirigir el 1.º de Abril de 1843 una circular á los agentes consulares de Montevideo, advirtiéndoles *que no respetaría la calidad de extranjeros ni en los bienes ni en las personas*

de los súbditos de otros países que tomaran partido con los infames (11) salvajes unitarios, siendo considerados en tal caso como rebeldes y tratados sin ninguna consideración.

Sucedió luego lo que humanamente tenía que suceder. La salida de toreo del general sitiador fué el toque de alarma entre los extranjeros aecindados en la ciudad sitiada, quienes, movidos por un impulso generoso, civilizador y patriótico, empezaron á trabajar en la formación de legiones de voluntarios para proteger al gobierno de la Defensa, que meses más tarde, en los preliminares de la larga y sangrienta guerra de nueve años, tenía que sostener con el tesoro público la respetable suma de 27,000 personas (2). Así surgió á la vida guerrera, como surgieran las legiones italiana y española, la denodada Legión

(2) Montevideo contaba al principio de la Defensa con 31.189 habitantes, de los cuales 6.234—justamente la 5.^a parte de su población—eran ciudadanos franceses.—Isidoro de María.—«Anales de la Defensa de Montevideo».

Francesa, que tantas glorias conquistó á golpes de sable para la historia militar y política de la República.

Después de algunas reuniones previas realizadas en los primeros días de Abril de 1843 en la antigua barraca de Pereira, con el objeto de cambiar opiniones y armonizar ideas respecto á la inmediata constitución de un cuerpo de infantería compuesto únicamente de elementos franceses, quedó resuelto la formación de la nueva unidad que debía incorporarse al pequeño ejército con que Montevideo resistía la formidable invasión de Oribe. A fines de este mes, don Juan Crisóstomo Thiébaút y don Juan Bautista Brie de Loustan (3), sucesor del comerciante don

(3) La personalidad de Thiébaút es bastante conocida para que nos detengamos en ella, pudiendo encontrar el lector datos interesantes sobre su vida en la minuciosa biografía publicada en 1851 por el ciudadano francés J. Lefébre, quien cita entre los primeros colaboradores de la Legión Francesa al teniente coronel F. Des Brosee; á los Sargentos mayores Raymont y Du-

F. Des Brosees que era segundo jefe en comisión y que acababa de partir para Europa, contaban ya con una fuerte columna de dos mil hombres, que en Octubre del mismo año habían ascendido á tres mil.

No es este el lugar más apropiado para hacer la crónica detallada de los combates en que la

ret, y al teniente coronel de Artillería Mr. Alazard. Digamos algo del ilustrado y valiente colaborador de Thiébaud, el doctor don Juan Bautista Brie de Loustan, coronel del Regimiento de Cazadores Vascos durante la defensa de Montevideo. El Dr. Brie había nacido en los Bajos Pirineos—Francia—en 1797, habiendo cursado sus estudios en la Facultad de Medicina de Montpellier. Tuvo la pierna derecha fracturada de bala en la toma de Paysandú, el 26 de Diciembre de 1846, donde fué muerto su hermano Hipólito, capitán de la compañía de granaderos del mismo cuerpo. El coronel Brie fué muerto á los 61 años de edad en la Batalla de Cagancha, el 15 de Enero de 1858, lanceado y degollado por un alférez de la División del coronel Dionisio Coronel, pocos días antes de la capitulación de César Díaz y demás compañeros en el Paso de Quinteros, departamento de Río Negro.

Legión Francesa, siempre abnegada y perseverante, siempre heroica y magnánima, tuvo que intervenir durante el asedio de la Ciudad Heroica, que duró tanto como el de la Troya de la antigua edad, pasando por más vicisitudes que las descritas por el genio griego en las páginas inmortales de su Iliada. Baste tan sólo recordar que unas de las primeras víctimas de la ferocidad oribista fueron siete franceses, masacrados y degollados impunemente el 28 de Abril de 1843 (4). ¡Eran los nombres que primeramente debían inscribirse en aquellas «Tablas de Sangre» que José Rivera Indarte reuniera un día como el anatema más grande que pudiera lanzarse sobre el oriental que había hollado con un ejército extranjero el suelo de su propia patria!...

Pero la Legión Francesa era demasiado fuerte y arriesgada para que dejara de preocupar á Ori-

(4) El primer oficial francés que murió en esa acción, desarrollada conjuntamente con el batallón «Unión», fué Mr. R. André.

be. El terrible verdugo de las provincias argentinas empezó á trabajar, sigilosamente primero, públicamente después, á fin de obtener del gobierno francés la orden de desarme para sus conacionales en armas. Pronto encontró también un aliado en la obra funesta de la división de la familia francesa que Montevideo albergaba dentro de sus murallas inexpugnables. El cónsul don Teodoro Pichón, tan pobre de espíritu como escaso de inteligencia, se transformó en enemigo de los defensores de la plaza, llevando su debilidad hasta el extremo de pedir á Oribe, por intermedio del almirante Massieu de Clerval, seguridades para los jefes y oficiales de la Legión una vez que ésta fuera licenciada, firmando al respecto una especie de amnistía en el cuartel general del Cerrito el día 15 de Diciembre de 1843.

Como es natural, semejante actitud del representante de Francia exaltó el ánimo de los legionarios, quienes se negaron rotundamente á desarmarse, á pesar de haberse invocado el real nombre de don Luis Felipe.

Sin embargo, las cosas no podían quedar así mucho tiempo y el día de la resolución final tocó á su término. El contralmirante Lainé se presentó oficialmente en 1844 reiterando el pedido de desarme de la Legión; mas sus jefes, oficiales y soldados se habían identificado de tal modo con nuestro medio que prefirieron abdicar de su nacionalidad antes que abandonar á aquel puñado de valientes que, soportando el hambre y desafiando la muerte, se sostenían bizarramente en la invencible Montevideo. Ante el pedido del almirante francés, don Joaquín Suárez no tuvo más remedio que llamar al Ministro de la Guerra y ordenarle que fuese desarmada de inmediato la Legión. Estaba escrito, sin embargo, que los abnegados franceses no abandonarían á sus hermanos los orientales, unidos fraternalmente en la sagrada comunión de la humanidad y la civilización. Fué entonces que Thiébaud, en un acto de solemne trascendencia, proclamó á sus soldados, cuyas opiniones conocía ya el va-

leroso marsellés de las cargas desesperadas de Waterl6o.

«Camaradas—dijo el jefe de la Legión,—el C6nsul ha hablado en nombre del Rey (5); súbditos fieles debemos obedecer. El jefe de la Nación, mal informado de los acontecimientos, ha investido al C6nsul con una confianza de que él abusa, pero que debemos respetar. La ceguedad del C6nsul podría tener funestas consecuencias, que nuestra sabiduría y nuestra moderación saben preverlas.

»Que entre nosotros y él, nuestro país no pueda dudar cuando llegue el día en que nuestros actos sean juzgados.

»Camaradas: se nos prohíbe llevar nuestra cucarda; haremos como hizo la guardia imperial: la colocaremos sobre nuestro corazón. Nuestro

(5) *El Patriota Francés*, periódico que veía en aquel entonces la luz de la publicidad en Montevideo, brillantemente redactado por Mr. Delacour, sostuvo con virilidad el armamento de sus connacionales, atacando con rudeza al C6nsul Pichón.

estandarte es un obstáculo, arriémosle hasta mejores días; le hemos visto flamear ante el enemigo, su recuerdo bastará para asegurar nuestra victoria. El nombre de la Legión Francesa atemoriza á Rosas; tomaremos el nombre de voluntarios y nuestros hechos demostrarán bastante á los satélites del tirano que ellos son realizados por voluntarios franceses. Amigos: Cuanto mayores son los peligros más mérito hay en sobreponerse á ellos. Nuestra moderación causa la desesperación de nuestros enemigos, al mismo tiempo que asegura el triunfo de la causa. La República Oriental (6) os será deudora de días de reposo, y la Francia tendrá presente los sacrificios que hacéis hoy en su nombre. Permanezca-

(6) Con este motivo el Gobierno de la Defensa le pasó una hermosa y sentida nota al Coronel Thiébaud. Estaba suscrita por Joaquín Suárez, Santiago Vásquez, José de Béjar y Melchor Pacheco y Obes.—Además, la Asamblea dictó una Ley en honor de los legionarios, por la cual se ordenaba la inscripción de sus nombres en letras de bronce en una pirámide de granito que debía perpetuar eternamente sus hechos gloriosos.

mos siempre unidos y siempre seremos fuertes. Un Cónsul nos es hostil; pero el poder de un Cónsul no es nada ante el imperio del Derecho. Nos quejaremos al Rey de los grandes males que nos hace su agente, y el Rey nos hará justicia. Recordaremos á Francia las hostilidades de sus representantes, y Francia, mejor ilustrada al respecto, nos llamará sus hijos.

»Recurriremos, por último, al árbitro supremo por la maldad de ciertos hombres, y pronto veremos romperse nuestras cadenas.

»Amigos: Perseverancia, unión, valor, y pronto sentiremos latir nuestro corazón con orgullo, á los gritos de «¡ Viva Francia !», «¡ Viva la Libertad !»

Como es de suponer, este noble acto de los legionarios franceses arrancándose la cucarda tricolor y optando por la nacionalidad oriental, que no podía brindarles entonces más que peligros é infortunios, fué recibido por los hombres del Gobierno de la Defensa con entusiasmo rayano en delirio. No era tampoco para menos el ejemplo

que acababan de dar al mundo los voluntarios de Francia. Conocedor el general Rivera del generoso desprendimiento francés, tan digna actitud excitó todas las fibras de su corazón de patriota, y en carta dirigida desde Acegúa el 27 de Agosto de 1844, en donde se encontraba ocupado en la dirección del ejército de campaña, hacía saber á los legionarios capitán Labastie y teniente Heli, que de común acuerdo con su esposa doña Bernardina Fragoso, donaba á los miembros de la Legión treinta leguas de campo de su propiedad, acompañando á la vez una carta-poder para que pudieran tomar posesión inmediatamente, si así lo deseaban, del inmueble donado.

La abnegación y el altruísmo francés premiados por el desprendimiento y la generosidad proverbial de los orientales. ¡Es la sabia ley de la compensación que se impone siempre entre los hombres que aman la libertad y saben valorar la nobleza de las acciones humanas!

* * *

La escena conmovedora y entusiasta que acabamos de describir, se desarrollaba en la plaza Constitución, frente al viejo caserón patricio que vió alborear en Septiembre de 1808 la independencia americana. En tan emocionante acto estaba destinado también á tomar una parte importante el tormentoso Melchor Pacheco que, como Tirteo, era general, era poeta y era orador (7). La actitud de los legionarios hizo que el entusiasmo se apoderase desde los primeros momentos del alma apasionada de Pacheco, quien, verboso é inspirado como acostumbraba á estarlo en los grandes momentos, arengó á los legionarios con estas brillantes palabras: «Franceses: el día del peligro tendréis la derecha en nuestras filas y de hoy para siempre el primer lugar en nuestros corazones.

(7) Véase nuestro libro «Vida de Melchor Pacheco y Obes».—Montevideo, 1904.

»La única conquista que esta tierra podría sufrir hoy, vosotros se la habéis impuesto; si, habéis conquistado su amor, su gratitud, su admiración de un modo indeleble.

»Cuando la resolución que excita vuestros entusiasmos traspase el Océano, la gigante nación se pondrá de pie, os batirá las palmas, y llena de orgullo exclamará: esos son bien dignos del nombre francés; ellos han salvado entre peligros la gloria de Francia.»

El ánimo de los legionarios se enardeció mucho más con la enérgica proclama del Ministro de la Guerra, pronunciada correctamente en el hermoso idioma de Rousseau. Así, pues, entre vivas ensordecedores á la Libertad, á la República y á Francia, se dirigieron desde la plaza Constitución hacia el domicilio del honesto presidente Suárez, siguiendo desde aquí hacia la plaza de Cagancha, en donde depusieron las armas, después de renovar sus sinceras manifestaciones de adhesión al Gobierno Oriental. Y en este lugar, doblemente histórico desde entonces, Pa-

checo volvió á dirigirles la palabra, llamándoles en inspirada frase «dignos hijos de los vencedores de Austerlitz y de Marengo».

Desde ese día memorable en los anales guerreros y diplomáticos del Asedio, los tres mil franceses que habían formado Legión á principios del año 1843 fueron considerados como ciudadanos orientales, habiéndose sometido ellos voluntariamente á los deberes y obligaciones que las leyes de la República imponen por igual á todos sus hijos (8).

(8) Por esta resolución de los legionarios franceses, la Asamblea Nacional sancionó la siguiente Minuta de Decreto: Visto el noble pronunciamiento y magnánima petición de los voluntarios pertenecientes á la extinguida «Legión Francesa», la Representación Nacional encuentra las mismas dificultades que el Poder Ejecutivo para calificar como corresponde el estupendo acto, por el que estos hombres ilustres, aceptando todos los peligros de la época, han solicitado su naturalización en la República, con el solo fin de adquirir el derecho de servir en la defensa que ella actualmente sostiene, de llenar el deber militar que la ciudadanía impone. Acto prodigi-

Era un contingente poderoso que en aquellos tiempos de rudo batallar recibía la embrionaria sociedad oriental. Los legionarios franceses formaban en su inmensa mayoría un conjunto de hombres aptos y bien preparados para incorpo-

giosamente sublime, de una heroicidad sin ejemplo, único, absolutamente nuevo en su género, y que atraerá perpetuamente la admiración universal y el Estado el testimonio permanente de la gratitud pública. Por tanto: El Senado y C. de R. R., reunidos en Asamblea General, al reconocer y declarar á los voluntarios de la Legión disuelta, beneméritos de la República en grado heroico, han sancionado y decretan: Art. 1.º Se autoriza al P. E. para expedir á cada uno de los voluntarios pertenecientes á la Legión extinguida, las cartas de naturalización que espontáneamente han pedido. Art. 2.º A más de inscribirse sus nombres en el Registro Cívico de la República, les abrirá uno especial en que serán también inscriptos, el cual será cuidadosamente conservado en la H. C. de R. R. bajo el título de «Naturalización de la Legión de voluntarios franceses», precediendo á las inscripciones este decreto. Art. 3.º Los mismos nombres serán grabados en una lámina de bronce que se colocará en la base del monumento que se erija para perpetuar la memoria de la presente época.

rarse á la vida institucional de la nación, pudiendo ejercer perfectamente los derechos que acuerda la Constitución Nacional á los naturales del país.

* * *

El noble y espontáneo desprendimiento que los ciudadanos franceses en armas hicieron de su nacionalidad para servir al Gobierno de Montevideo que, según la gráfica expresión del Ministro de la Guerra, no podía ofrecerles más que peligros, es un caso único en la historia política del Universo, que sirve para evidenciar de una manera terminante la bondad de la causa que se defendía en la ciudad inmortal de Zabala.

Luchaba entonces la civilización con la barbarie; el despotismo porteño con el único baluarte de la Libertad en el Río de la Plata, que supo mantenerse dignamente durante nueve años con ábnegación espartana, demostrando así al mundo lo que puede un pueblo viril, por joven y peque-

ño que sea, cuando rechaza con pujanza bravía el avance liberticida del conquistador extranjero.

Consecuentes y abnegados, á la par que generosos y desprendidos, fueron en todo tiempo los bizarros legionarios franceses. Iban al combate sin preguntar jamás el número del enemigo y peleaban cuando era necesario «cuerpo á cuerpo» en inesperados entreveros, impelidos quizás por el recuerdo de nuestro bravo é irresistible Marcelino Sosa, á quien perdió la patria en momentos de amargas dudas y de crueles y dolorosas incertidumbres. Era tan grande el amor que los hijos de Francia sentían por la causa de los sitiados, que sólo pudieron contarse en siete años tres deserciones: la del comandante Palabert y dos de sus soldados. ¡Tres traidores en tres mil hombres! Tuvieron más los espartanos, que contaron un traidor en trescientos, exclama apasionadamente uno de los más populares escritores franceses del siglo pasado (9).

(9) Alejandro Dumas. «Montevideo ó una Nueva Troya».—París, 1850.

La verdad histórica tendrá que prevalecer siempre á través del tiempo, y el suelo de Corneille y de Racine podrá enorgullecerse de haber engendrado vástagos capaces de sacrificarse por la suerte de los pueblos oprimidos, imponiendo cada día más el espíritu altruísta de su raza en el concierto del mundo civilizado, al hacer prácticas las hermosas palabras de Michelet: *donde se combate por la Libertad se encuentra un soldado de Francia*. La posteridad ha cumplido con un deber de gratitud al rendir su homenaje conmemorativo á la memoria de aquellos varones ilustres, que en un período de calamidades no superadas en otra parte de la tierra, lucharon con denuedo en defensa de la integridad de la patria y de la civilización de medio continente, amenazada por la saña brutal del bárbaro tirano que ordenara el fusilamiento salvaje de la infeliz Camila, sin preocuparse de que en el vientre de la infortunada seducida latía la vida de un nuevo ser...

El diplomático D. Andrés Lamas

EL DIPLOMÁTICO DON ANDRÉS LAMAS

Por más que las pasiones de bandería hayan extraviado alguna vez, en la vida borrascosa de nuestra joven democracia, á espíritus indiscutiblemente superiores, hasta llevarlos á juzgar sin piedad á hombres que debieran merecer reverencioso respeto de sus compatriotas, el error no ha podido perdurar mucho tiempo y ha surgido esplendorosa la luz de la verdad, como un tributo á la justicia negada momentáneamente en el calor de la polémica.

El doctor don Andrés Lamas, diplomático y publicista ilustre, no ha escapado tampoco al

apasionamiento de la discusión, y su nombre ha sido objeto en diversas ocasiones de irritantes injusticias por parte de escritores que, víctimas de una perniciosa ofuscación, no han querido comprender la magnitud de su obra ni la sinceridad de sus propósitos. Es necesario desengañarse de que el tipo ideal emersoniano será una utopía mientras el Universo sea regido por la inteligencia del hombre, sujeto al caprichoso vaivén de las pasiones.—Por eso disculpamos muchos errores en los políticos de nuestro país. La lucha de ideas é intereses ha sido causa de que pensadores de la talla moral é intelectual de Juan Carlos Gómez, espíritu surgido del último ensueño de Vergniand como surgiera Mario de las cenizas del último de los Gracos, hayan cometido más de un yerro en su larga y accidentada vida pública. Si fuésemos á examinar de manera analítica las acciones de los llamados grandes hombres, muy pocos lograrían salir victoriosos al pasar por el escalpelo de una crítica mordaz.

Sucede con frecuencia que los políticos y los

estadistas son siempre duramente atacados y rara vez bien defendidos. Y esto es lo que ha acontecido con la mayoría de los pensadores nativos. Don Andrés Lamas, pensador y hombre de acción á un mismo tiempo, no ha podido escapar á las fatalidades de esta ley histórica, que se evidencia con la exactitud matemática de las leyes físicas.

Había nacido el doctor Lamas en la época gloriosa en que Artigas luchaba con sus centauros indomables por conquistar la independencia de la tierra oriental, eterno sueño del esforzado Protector de los pueblos libres. Era hijo del patriota esclarecido don Luis Lamas, actor importantísimo en los primeros albores de la nacionalidad, siendo su cuna la ciudad de Montevideo, en donde nació el día 2 de Marzo de 1817 (1).

(1) Respecto á la época del nacimiento y de la muerte del doctor Lamas, nos guiamos por los datos suministrados por su hijo don Pedro S., en su interesante obra «Etapas de una gran política». Nuestro amigo don Luis Carve, circunspecto y verídico escritor histórico,

Su juventud se deslizó en el estudio de los clásicos latinos, nutriendo, además, su robusta inteligencia con los conocimientos más en boga en aquellos tiempos en que la ciencia comenzaba recién á balbucear en los países del Plata su primera palabra. Recorrió, pues, el campo de la filosofía, de la historia política y sagrada, de la latinidad y de las matemáticas. Este era el bagaje científico con que, generalmente, egresaron de los institutos superiores de enseñanza los gestores de la independencia americana, continuando en la mayor parte de las naciones de la América española este modo rudimentario de aprendizaje intelectual hasta cerca del año 1840.

Lanzado, joven aún, á la vida de las agitacione populares, no tardó mucho tiempo en imponerse. Llevaba en sus células cerebrales el secreto poder de sus triunfos. Su espíritu tenía las

disiente con el señor Lamas respecto á estas fechas, como podrá verse en el tomo I, página 50 de la «Revista Histórica» que dirige aquel distinguido compatriota.

alas del cóndor para remontar con serenidad las más altas regiones del pensamiento. Por eso el doctor Lamas se mostró bien pronto como el verdadero prototipo del hombre de Estado, no tardando en compartir con Santiago Vásquez y Manuel Herrera y Obes la jefatura de los pensadores orientales. Tenía semejanzas sorprendentes con Thiers y con Guizot, y en los pueblos platenses sólo puede compararse con Alberdi, en lo que respecta á su profundo saber, y, con Sarmiento, en lo que atañe á su austeridad de carácter.—De ambos fué amigo y consejero en diversas ocasiones.

El doctor Lamas inició su carrera política en las justas varoniles del coraje.—Rivera pudo contarle en el Palmar, el 15 de Junio de 1838, entre los defensores de la soberanía nacional, y los jóvenes «Lanceros de la Independencia» pudieron enorgullecerse en tenerlo por comandante. Pero fué guerrero por deber patriótico y no por vocación militar. Su inteligencia estaba destinada á descollar como pocas en el escabroso campo jurí-

dico y político. Periodista (2), poeta, crítico, historiador, diplomático, geógrafo, políglota, su rica mentalidad era verdaderamente enciclopédica, como tuvo oportunidad de declararlo con ocasión de su muerte el general Bartolomé Mitre, admirador del doctor Lamas desde aquellos días homéricos de la Defensa de Montevideo, en que no obstante los sinsabores y fatigas de la lucha se cultivaba la literatura á la par que las ciencias y las artes, llegándose en las postrimerías del asedio hasta fundar una Universidad que debía ser en el futuro gala y orgullo de la América entera.—La pujanza y bizarría de los defensores

(2) Redactó con soltura «El Sastre», que motivó su primer destierro y la destitución de un empleo inferior por disconformidad de principios con los que guiaban la marcha de la Administración. En 1837 dió existencia al «Diario de la Tarde»; en 1838 al periódico literario «El Revisor» con Alberdi, Echeverría, Cané y Frías. Redactó «El Nacional» (1838-1839), con Cané, «El Semanario» y «La Nueva Eva», con Mitre (1846) y «El Conservador» con Mármol en 1847.—Luis Carve, «Revista Histórica». Montevideo, 1907.

de la Troya de Homero no tuvo un complemento tan armonioso que legar á la posteridad, como este hermanazgo sagrado de las armas y las letras, en el cual parecen palpar el alma y el genio del ilustre Manco de Lepanto.—¡ Por algo tenía que singularizarse en la historia de la Humanidad el férreo esfuerzo de los orientales !

Como en los años de la adolescencia, fué en medio del eco guerrero del cañón donde el doctor Lamas comenzó á prestar sus invalorable servicios á la patria. Recordamos aquel documento de corte ateniense y temeridad espartana, suscripto por él conjuntamente con Melchor Pacheco, en el que se comprometían á salvar la nación del avance del invasor extranjero, ó perecer, de lo contrario, en la demanda. « La conquista de nuestra Patria es imposible, dijo entonces.—Ella está representada en su administración y en sus ejércitos, por ciudadanos que, aún oprimidos por el pie de los degolladores, no la confesarían vencida y morirían como mueren los ciudadanos de un pueblo destinado á morir independiente.

Nosotros comprendemos que nuestra querida, nuestra bella, nuestra noble Montevideo, desaparezca del mapa de las naciones; pero no que caiga, así como existe, bajo el poder de Rosas; que sus hombres de sangre descansen bajo sus techos y la llamen la ciudad esclava; que se repartan sus despojos y la reduzcan á lo que consideran su estado normal: al atraso, á la miseria, á la humillación. Si cae Montevideo no caerá así; bien lo sabe Dios, morir ó salvarla».

Su palabra no fué palabra vana.—Tuvo el coraje y la noble valentía de defender con serenidad y juicio sus opiniones de patriota celoño del cumplimiento de su deber, lo que hizo exclamar á Florencio Varela, pocos días antes de que el puñal traidor de Cabrera acabara con su vida llena de sacrificios por la libertad, *que Lamas era la última esperanza de los sitiados*. Si bien la opinión del malogrado periodista era algo exagerada, no hay duda de que su actuación en el período calamitoso de la Defensa está á la altura de los que más se distinguieron en aquella época

de amargos sinsabores y de congojas patrióticas.

La realidad de los hechos lo comprueban con la incomparable elocuencia de la verdad histórica. Cuando el ejército de Oribe puso asedio á la Ciudad Heroica, don Andrés Lamas fué nombrado jefe político y de policía de la capital sitiada.—Su actividad y su valor fueron en este tiempo sorprendentes. A toda hora su silueta se veía cruzar por las calles de Montevideo, ora en dirección á la línea de fuego, ora en dirección de las trincheras, ó de la Ciudadela, ó del viejo é inexpugnable Fuerte. Era temerariamente infatigable. Dedicábase al mismo tiempo, y no obstante las abrumadoras tareas de la jefatura, á sus estudios de historia y de geografía, llevándole esta pasión á prestigiar ante el Gobierno la idea de fundar un instituto Histórico y Geográfico, lo que se realizó en seguida, formando parte de él las principales personalidades intelectuales de la época (3).

(3) El Instituto Histórico y Geográfico que por iniciativa del doctor Lamas creó el Gobierno de la Defensa

También su casa la había transformado en Ateneo. En ella se reunían Esteban Echevarría, José Rivera Indarte, José Mármol, Florencio Varela, Bartolomé Mitre, José María Cantillo y demás escritores que componían aquella pléyade de luchadores refugiados en la invencible metrópoli, temerosos del alevé puñal rosista. El Jefe Político departía con ellos algunos momentos y marchaba luego á su despacho de la Policía Vieja, atendiendo aquí con solícito cuidado hasta el detalle más ínfimo de la administración confiada á su talento y laboriosidad. Sentía tal cariño por

el 25 de Marzo de 1843, estaba formado primeramente por los señores Melchor Pacheco y Obes, Andrés Lamas, Teodoro M. Vilardebó, Manuel Herrera y Obes, Cándido Joanicó, Florencio Varela, Fermín Ferreira y José Rivera Indarte. Dicha comisión fué integrada el día 6 de Junio del mismo año con los señores F. Araucho, Santiago Vásquez, Julián Alvarez, Juan F. Giró, Bernardo P. Berro, Bartolomé Mitre y Eduardo Acevedo. Por no ajustarse á la índole de nuestro libro dejamos de publicar la nota de Lamas al Ministro del Gobierno, al proponerle la fundación del Instituto.

su ciudad natal, que velaba tesoneramente por su embellecimiento y progreso, á pesar de la terrible guerra que tenía que sostenerse dentro de las murallas infranqueables contra el ensoberbecido satélite del tirano porteño. Así el Montevideo de nuestros abuelos pudo lucir su nomenclatura hecha bajo la dirección científica del doctor Lamas, y el bello y populoso Montevideo de nuestros días puede lucir su escudo de armas, desentrañado del olvido en que yacía por el laborioso é infatigable personaje troyano, pocos años antes de su muerte.

De la Jefatura pasó el futuro diplomático al Ministerio de Hacienda, después de haber ideado la fundación de una Casa de Moneda, pensamiento expuesto al Gobierno en nota de 9 de Noviembre de 1843, y encomendado á sus talentos y actividades por decreto del Poder Ejecutivo de 2 de Diciembre del año precitado. Inoficioso nos parece decir que en el difícil cargo de Ministro el doctor Lamas se desempeñó admirablemente, agigantándose aún más su personalidad

ante el concepto público. Mas su talento de estadista estaba destinado á dejar huellas imperecederas en un ambiente que no era el de su propio país, pero al cual supo él adaptar las modalidades de su espíritu vidente. El Brasil le brindó amplio campo para desplegar sus envidiables facultades de diplomático inteligente y perseverante. El gobierno de la Defensa fijó en el doctor Lamas sus miradas para arreglar las cuestiones pendientes con el Imperio, y le nombró en misión especial ante el Emperador don Pedro II, en Noviembre de 1847, cuando Montevideo parecía próximo á sucumbir ante la resistencia desesperada de los ejércitos sitiadores del tirano argentino.

Fué en la Corte del talentoso y noble monarca brasileño donde puso de relieve sus notables condiciones para la diplomacia sagaz. Hasta hoy su nombre es recordado con cariñoso respeto por los más distinguidos pensadores fluminenses, y esta aureola de gloria que ha perdurado á través del tiempo es un honor para el pueblo oriental

que ha sabido engendrar hijos ilustres. La labor del doctor Lamas fué, como podría presumirse por sus antecedentes, de resultados lisonjeros para la causa de los defensores de la Nueva Troya. —El pronunciamiento del Brasil por el Gobierno presidido por el honesto presidente Suárez; la alianza con Urquiza y la caída inmediata de Rosas el 3 de Febrero de 1852, es obra exclusivamente suya.—Lamentamos que esta ligera semblanza nos impida hacer la historia de su primera gestión diplomática, en lucha desigual con el astuto general don Tomás Guido y otros agentes secretos del siniestro personaje de Palermo. Felizmente, en los días que corren no se discute ya su patriótica actuación. En otras épocas, sin embargo, se tejieron toda clase de leyendas acerca de este altivo y caballeresco servidor de la Patria, hasta el extremo de haberse calumniado su memoria en el propio Parlamento nacional, á raíz de una solicitud de pensión para la respetable matrona que lo había acompañado durante su larga y laboriosa vida.

Muchas infamias se tejían alrededor del nombre sin mácula del doctor Lamas, habiendo quien se atrevió á llamarle vendido al oro brasileño, acusándole de haber negociado vastos territorios fronterizos...

¡Flaquezas humanas é ignorancia de leguleyos sin escrúpulos! El doctor Lamas se defendió triunfalmente de estas acusaciones malevolentes y péfidas, en sus notables folletos «A mis compatriotas» y «Negociaciones»; en los cuales no perdió la serenidad de juicio que caracterizó todos los actos de su brillante actuación pública. Jamás ministro alguno ha sido tan celoso por el buen nombre de su nación, ni ha defendido de mejor manera sus sagrados intereses. Díganlo sino el sonado episodio de la devolución de la bandera tomada en el sitio de Paysandú, y llevada á Río de Janeiro por el almirante Tamandoré como trofeo de guerra después de la Cruzada Libertadora, en la época en que el doctor Lamas ocupaba por segunda vez el cargo de ministro ante el gobierno de Su Majestad Imperial don

Pedro II. Y como si esto no fuese suficiente para demostrar su entereza de ánimo y su amor á la Patria, complementó su acción haciendo degradar á un oficial brasileño por violación de territorio en las oficinas de la Legación Oriental, á donde éste penetró persiguiendo á un soldado desertor, sin pensar quizá en los resultados funestos de su proceder impremeditado (4). Es que don Andrés Lamas profesaba, como pocos, el verdadero culto de la nacionalidad y no permitía que se ofendiera en lo más mínimo la dignidad de su soberanía.

Pero no fué sólo un pensador y un diplomático ilustre: fué también un trabajador infatigable. Cuando la muerte lo sorprendió el 17 de Septiembre de 1892 en la ciudad de Buenos Aires, lugar de su residencia definitiva, había comenzado á escribir su obra sobre la «Génesis de

(4) Estos dos episodios están donosamente descritos en el citado libro del señor Pedro S. Lamas, titulado «Etapas de una gran política».

la Revolución y la Independencia de América», de la cual se conoce únicamente un capítulo que basta para dar idea de lo que hubiera sido esa obra póstuma del doctor Lamas. Su labor histórica y literaria es inmensa. Dejó ordenados, anotados y caratulados los documentos necesarios para escribir la historia nacional, importante tarea que fué encomendada á sus talentos por decreto especial del 11 de Julio de 1847, pocos meses antes de partir en misión diplomática para Río. En lo que respecta á sus inclinaciones literarias, el prólogo á las poesías del malogrado Adolfo Berro, que, como Casimiro de Abreu, fué la esperanza de un gran poeta, es una obra completa por la profundidad del concepto y la elegancia de la forma, que tal vez no superen muchos de los escritores de las nuevas generaciones.

Y no obstante sus grandes merecimientos vive por completo olvidado de su pueblo, descansando todavía sus restos mortales en la capital argentina. Juan Carlos Gómez mereció hace tiempo la apoteosis de su pueblo.

¿Seguiremos todavía siendo crueles con un cruzado del pensamiento de la talla gigantesca del jefe político de la Defensa de Montevideo? No lo creemos; porque no es justo, no es patriótico, no es humano, que quien ha honrado los anales de la historia patria con servicios cívicos y producciones literarias de positivo mérito, no reciba el homenaje que la posteridad justiciera tributa á sus grandes benéfactores. Se impone una Ley que disponga la reempatriación de sus restos gloriosos, mayormente cuando el Congreso de Río ha ensanchado las fronteras nacionales, concediendo la libre navegación y condominio de las aguas de la Laguna Merín y el Río Yaguarón, cuyo pensamiento acarició el doctor Lamas durante toda su vida, habiendo sido el primer estadista oriental que formuló y firmó un tratado «ad-referendum» sobre este viejo y debatido asunto, el cual no fué ratificado en Montevideo debido á la apatía criolla que viene caracterizando á la mayoría de nuestras asambleas legislativas.

Sobre el monumento que perpetúe en el tiem-

po la memoria de don Andrés Lamas, habrá que inscribir lo que decía Barnave de Mirabeau, en los funerales del gran tribuno: *ha merecido los honores que debe la Patria á los que le han servido bien.*

La Ciudad Histórica y Pedro de Cevallos

LA CIUDAD HISTÓRICA Y PEDRO DE CEVALLOS

Reinaba á la sazón en España y sus vastos dominios el Rey Carlos II, monarca decrepito á los 37 años, según la palabra de los historiadores más veraces. Varios adelantados habían llegado ya á las costas platenses, y, á pesar de la excepcional posición topográfica del terreno, no habían hecho mayores esfuerzos por construir nuevas ciudades ni siquiera por reconstruir á Buenos Aires, destruída totalmente por los indios querandíes, contentándose sólo con dirigirse á la lejana villa de la Asunción, fundada en 1536 en un paraje bastante cálido por el valeroso

don Juan de Ayola. Existían entonces en estas regiones grandes riquezas ganaderas, que despertaban necesariamente la codicia de los pueblos limítrofes y aún de algunas naciones europeas, cuyos marinos concurrían á los pueblos del Plata con el objeto de ejercer por medio de la piratería el comercio ilícito del contrabando. Poco á poco se fué extendiendo este sistema de sencillo y rápido enriquecimiento, lo que no es de extrañar desde que España poseía millones de cabezas de ganado en el territorio que hoy ocupa nuestro país; siéndole imposible, por lo dilatado de la jurisdicción marítima y terrestre, ejercer una policía eficaz sobre tanta riqueza acumulada en el transcurso lento de los años.

Los paulistas, cuya vecindad les daba excepcionales facilidades para contrabandear sin ser molestados en lo más mínimo, hacían excursiones frecuentes á las posesiones españolas, llevándose miles y miles de cabezas de ganado, que vendían ó faeneaban en los saladeros fronterizos. Esta circunstancia no podía pasar inadvertida

para la astuta realeza lusitana, despertándose entonces en la corte de Lisboa la ambición de conquistar para su corona los ricos dominios del Río de la Plata, que España parecía dejar abandonados al azar. Tocóle á don Manuel de Lobo, virrey del Brasil, el poner en práctica la idea de apoderarse de las posesiones platenses de los augustos señores de Aragón y de Castilla, empezando por fundar el 10 de Enero de 1680, sobre la margen derecha del estuario, la Colonia del Sacramento; la cual, á partir de ese día, fué disputada durante dos siglos con terrible encarnizamiento por las monarquías española y lusitana.

Sabedor el gobernador de Buenos Aires don José del Garro del avance portugués, protestó enérgicamente contra lo que él llamaba (y con razón) usurpación de derechos por parte de Lobo; pero éste, hábil é inteligente, le contestó al representante y defensor del devoto don Carlos II, que el lugar elegido para la edificación de la nueva ciudad estaba situado á mucho me-

nos de trescientas leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde, estando, por consiguiente, en territorio de su corona ejerciendo actos inherentes á su soberanía, pues así lo determinaba claramente el tratado de Tordesillas y la línea divisoria imaginada por el papa Alejandro VI. Como es natural, la astucia y el valor castellanos no podían satisfacerse con las explicaciones dadas, é ínterin llegaba á España la querella formal entablada al respecto, se reunieron en la otra margen del Plata algunos elementos de guerra, y un día apareció frente á la moderna población el capitán Vera y Mujica al mando de doscientos hombres de desembarco; tomándola sin mayores pérdidas y plantando en seguida el estandarte hispano en la que había sido por breves días posesión portuguesa.

Así corrió la primera sangre europea en la disputa continua y encarnizada por poseer el pequeño solar donde alzaba sus muros de cal y canto la Ciudad Histórica, ocho veces sitiada en la época guerrera del coloniaje y ora cedida á

España; luego á Portugal; reconquistada después por los valerosos españoles y nuevamente cedida á los también intrépidos y abnegados lusitanos. Hubiérase creído entonces que aquel pueblo en gestación, en el cual sólo podía admirarse una hermosa playa á la que solía llegar de tarde en tarde el bajel destrozado de algún aventurero, estaba destinado á ser muy pronto un centro importante de actividad industrial y comercial. Pero, debido quizá á la lucha que perpetuamente se desarrollaba en su seno, las esperanzas cifradas en el porvenir de la ciudad platense no se verían realizadas durante aquel período de cruento batallar.

Estaba, sin embargo, reservado á un hidalgo español el proyecto de arrasar con todo lo existente en la población que su fantasía andaluza había creído tal vez destinada á ser la tumba de una raza de héroes. El gaditano don Pedro de Cevallos Cortés y Calderón, teniente general en plena adolescencia en los ejércitos de España; comendador de Sagra y de Sevet que podía os-

tentar sobre su pecho la banda de San Genaro, arribó á las costas del Río de la Plata con un contingente de mil hombres perfectamente armados y municionados, para concluir, según deseos de su rey, con la piratería portuguesa que seguía extendiéndose de manera alarmante y amenazadora en las posesiones españolas de estas latitudes del Continente. Con energías sobradas y deseoso de conquistar mayor gloria y renombre, Cevallos dirigió toda su acción á la Colonia del Sacramento é isla de San Gabriel, situada en sus proximidades, las que tomó heroicamente y tuvo que restituir en seguida á Portugal en virtud del tratado suscrito entre su «amo y señor» y el perseverante monarca lusitano. La contrariedad del conquistador fué grande por este suceso inesperado, y así lo hizo saber á su retorno á la patria. Mas la paz pactada entre aquellos dos vecinos émulos y rivales no podía durar mucho tiempo, viéndose Cevallos nuevamente en el teatro de sus viejas hazañas en el año 1776, enviado por don Carlos III á raíz de rotas las hostilidades con el

gobierno portugués. El nuevo virrey, gobernador y capitán general del Río de la Plata, que tales eran los títulos y cometidos superiores con que había regresado, no podía olvidar sus viejos amores colonienses, é impedido por los vientos de proseguir su comenzado viaje á Santa Catalina, llegó á la Ciudad Histórica, la reconquistó en menos de veinticuatro horas; tomó ciento cuarenta cañones; arrasó las fortificaciones portuguesas, y, no contento con su excelente triunfo, ordenó el 8 de Junio de 1777 que la piqueta demolidora concluyera con los restos de la ciudad de Lobo.

¿Soñaba acaso el hidalgo español en terminar para siempre con actos de esta naturaleza la rivalidad existente entre los dos países de la Península Ibérica? ¡Quién sabe! Lo cierto es que su afán destructor no se conformó con esto solamente. Como un complemento á sus raros procedimientos de conquista quiso obstruir el hermoso puerto natural que poseía la ciudad, haciendo arrojar en la pintoresca ensenada gran

cantidad de bloques de piedra y antiguos cañones de hierro, que las fuerzas de las aguas arrastraron en seguida é impidieron que diese resultado ese afán insensato de destruir'lo que la sabiduría de la naturaleza había creado. Colonia más tardó en ser demolida que en ser reedificada nuevamente, pudiéndose decir que resurgió de sus cenizas como el Fénix de la mitología. En nuestra época los turistas que la visitan pueden contemplar todavía, como una demostración de su antigua grandeza militar, restos de las murallas gloriosas que miran á Buenos Aires como recordándole que fué su temible rival...

El estadista D. Santiago Vásquez

EL ESTADISTA DON SANTIAGO VÁSQUEZ

(Síntesis de un libro en preparación)

La vida de ciertos hombres llenan toda una época, siendo poco menos que imposible el sintetizarla en una breve semblanza histórica. El doctor don Santiago Vásquez, diplomático á los 24 años en los tiempos gloriosos de Artigas, es una de las grandes figuras del pasado que demandan todavía el juicio severo y reposado del historiador.

No queremos ser irreverentes ni profanar la memoria del Héroe. Por eso sólo haremos en

este estudio una breve síntesis de la actuación en el escenario político sudamericano del antiguo discípulo del Colegio Real de San Carlos, crecido en hermanazgo intelectual con el poeta Esteban Luca,—bardo peregrino perdido en la inmensidad del estuario del Plata.

La posteridad, que es la gran niveladora de méritos y recompensas, tendrá que detenerse algún día en la eminente personalidad del doctor Santiago Vázquez, cuando se estudie la gran obra sociológica de los países hispano-americanos. Por su gran talento y por la brillante ilustración que atesoraba, fué durante su época quien marchó á la vanguardia de los pensadores rioplatenses.—Nadie le superaba en ideas avanzadas, tanto en derecho constitucional como en literatura, filosofía, economía y finanzas.

Del doctor Vázquez puede decirse sin exageración, que era un sabio al cual le faltaba vasto campo donde desarrollar sus envidiables aptitudes.—Su oratoria, elocuente y persuasiva como la de los oradores del Parthenón ateniense, era

escuchada con respeto cuando hablaba de patria y libertad. Su vida fué una doble epopeya: las batallas de la ciencia le seducían y le encantaban; las batallas de la espada le llevaban á cumplir con los más sagrados deberes de patriotismo. En la tribuna era Thiers imponiéndose por sus virtudes ciudadanas; en los combates por la emancipación del terruño se imponía por la gran magnanimidad de sus sentimientos.

* * *

Había nacido el doctor Santiago Vásquez en la ciudad de Montevideo el 15 de Mayo de 1787, siendo sus padres don Juan Vásquez y doña María Feijó, ambos naturales de España.

Sus dos hermanos, Juan Jacobo y Ventura, se dedicaron á la carrera de las armas, encontrándose este último bajo las órdenes del primero cuando las invasiones inglesas en 1807.—De la juventud del doctor Santiago Vásquez no es este

el momento de ocuparnos.—Baste recordar que salió á los veinte años del Colegio de San Carlos, después de haber cursado latinidad, filosofía, letras y matemáticas.

Ya en 1811 lo vemos actuando en el ejército que sitiaba á Montevideo, habiéndose encontrado en la batalla de las Piedras bajo las órdenes de Artigas, en cuya heroica acción guerrera recibió su hermano don Ventura el grado de teniente coronel.—Al año siguiente, ó sea en 1812, el doctor Vásquez ocupaba el puesto de comisario de guerra en el ejército de Sarratea, encontrándose en las memorables jornadas del 13 de Diciembre, en las que el comandante Ventura Vásquez, al mando del bizarro batallón 4.º de infantería, sostuvo una estratégica retirada en espera de que se rehicieran las demás fuerzas patriotas que habían sido sorprendidas por tropas españolas.

Triunfante al fin la influencia del jefe de los orientales, el doctor Santiago Vásquez, cuya inteligencia y honradez eran una garantía de buena administración, fué nombrado Ministro Pro-

vincial de la Caja de Montevideo.—Pero este destino lo conservó muy poco tiempo—Vásquez era uno de esos hombres necesarios que caracterizan una etapa de la vida social. Por esta razón el director de las Provincias Unidas del Plata, don Gervasio Antonio Posadas, le confió el alto puesto de Intendente del Ejército del Perú, en encomiástica nota rubricada por el doctor Juan Larrea, una de las personalidades de más relieve de la Revolución de Mayo.

Durante este lapso de tiempo, el doctor Vásquez desaparece momentáneamente del escenario político activo de los países del Plata, rompiendo esta ausencia el nombramiento de diputado al Congreso de las Provincias Unidas del Plata, lo que hizo que bajara á Buenos Aires para tomar parte en las deliberaciones del Congreso, en donde su voz fué oída con regocijo y con respeto por los más ilustres patriotas de aquella célebre asamblea.

* * *

Más tarde, cuando la República Argentina entró á desempeñar el rol de nación libre, el doctor don Santiago Vásquez fué elegido para formar parte de la primer Asamblea Constituyente, como diputado por la Provincia de la Rioja, siendo uno de los que contribuyó más talentosamente á confeccionar la adelantada constitución unitaria de 1826. Sus tres discursos más importantes en este período legislativo, son, sin duda, los pronunciados por la autonomía provincial, por la nacionalización del ejército y por la fundación de una casa de monedas en la capital de la Rioja.

Como su hermano el coronel Ventura Vásquez, había nacido don Santiago en la Provincia Oriental antes de la época de las montoneras, empleando una frase de Juan Carlos Gómez, cuando aun no existían naciones independientes en América.—A pesar de la encumbrada posición política que ocupaba en la Argentina, de donde se pudo

hacer ciudadano, sobrepuso su amor á la patria chica por sobre los intereses personales, y á su servicio dedicó los mejores años de su preclara y agitada existencia. Ni siquiera le mareó el haber ocupado el alto puesto de ministro interino de la Guerra en aquel país, y de haber echado las bases de la escuadra argentina, para cuyo efecto realizó un viaje á Chile á fin de ultimar las negociaciones pendientes desde el comienzo del gobierno de don Bernardino Rivadavia.

La nación de allende el Plata adquiría en esa fecha sus primeras naves de guerra. Tenía que ponerse en guardia por temerse entonces un conflicto internacional con el Brasil, que bien podía degenerar en una larga y sangrienta contienda. Debido al talento diplomático del doctor Vásquez la tierra de Mariano Moreno y Esteban Echeverría pudo adquirir las corbetas *Montevideo*, *Buenos Aires* y *Chacabuco*.

Las altas personalidades argentinas felicitaron esta vez al joven ministro por su importante negociado. ¡Recién se balbuceaba en América la

palabra libertad y ya se preparaba á los pueblos para las guerras internacionales!

* * *

Don Santiago Vásquez no podía olvidar que en los días ardorosos de la juventud había ocupado el honroso cargo de comisario de guerra en el ejército de Artigas, cuando el precursor de nuestra nacionalidad sitiaba á Montevideo.

Así, pues, tan pronto como la victoria coronó los esfuerzos titánicos del conquistador de las Misiones y la independencia absoluta de la Provincia Cisplatina fué un hecho consumado, el doctor Vásquez, que había contribuído también á la obra emancipadora, regresó á la Patria para servirla con los mismos cariños é idénticos entusiasmos de aquellos tiempos pretéritos en que trabajaba por su libertad como asociado de la logia «Los Caballeros Orientales».

En seguida de su retorno al suelo natal, entró á formar parte de Asamblea Constituyente, en cuyo seno fué el adalid de los más adelantados principios de gobierno propio. A él se debe que tengamos el sistema legislativo bicameral que nos rige, en oposición á las teorías del doctor José Ellauri, que quería implantar en el naciente Estado el abominable sistema unicameral.—A él se debe también que el Presidente de la República y los ministros sean responsables de sus actos; á él se debe, mejor dicho, todo lo más grande y todo lo más hermoso en materia de ideas democráticas que contiene nuestro ya deficiente código político.

Y todavía, para que su nombre quedara aún más ligado á la obra de los Constituyentes, el gobernante provisorio don José Rondeau y su Ministro de Relaciones Exteriores general Fructuoso Rivera, lo nombraron con fecha 5 de Octubre de 1829, Agente Confidencial de negocios acerca de la República Argentina para recabar y facilitar la revisión de la Constitución que acaba-

han de sancionar los legisladores de la nueva Nación, cumpliendo así con una de las cláusulas de la Convención Preliminar de Paz de 1828.

* * *

Don Santiago Vásquez, polemista y publicista ilustre, fué siempre un gran amigo y un gran admirador de las virtudes y de los talentos cívicos y militares del vencedor del Rincón.—Su elocuente y poco conocido folleto «Representación de militares en la Asamblea Constituyente», tan admirable por la tésis en él sostenida como por la erudición que demuestra en sus páginas, fué hecho, precisamente, para tratar de dar entrada al elemento militar riverista en nuestra primera asamblea, de la cual fué este eminente compatriota senador por el departamento de Maldonado.

Vásquez acompañó en todo tiempo, ora en el gobierno, ora en la llanura al héroe legendario de Cagancha.—Como ministro de Estado firmó

los decretos más liberales de su tiempo.—Llevan su rúbrica el de la libertad de la prensa; el de la emancipación de los esclavos y demás actos que caracterizan de un modo típico y especial las dos administraciones del general Rivera.

Pero para seguirlo en los ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores en el período troyano de la Defensa de Montevideo, sería necesario escribir varios cientos de páginas.—Es esto solamente, como lo dijimos al principio, una breve síntesis de un libro en preparación. Recordaremos, no obstante, que en aquella época del coraje y de la abnegación, no hubo conflicto diplomático que no tuviera que solucionar su genio realmente prodigioso.

* * *

Nadie como el doctor Vázquez se adelantó tanto á su tiempo en estas democracias de la América latina. Por esto no debe extrañarnos que un compilador argentino, el señor Neptalí Carranza,

lo coloque entre el número de sus más esclarecidos conciudadanos, usurpando una gloria que legítimamente pertenece á los orientales. Escritores europeos lo ponen al nivel de las más altas personalidades intelectuales de América.—Nada más justo ni nada más merecido.—En otro medio y en otro tiempo, hubiera conquistado la más reverenciosa admiración por parte de sus compatriotas.

Cuando la muerte lo sorprendió, el 6 de Abril de 1847, ocupaba el alto cargo de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores á un mismo tiempo.—Montevideo sostenía la independencia nacional en guerra abierta con el ejército invasor del tirano Juan Manuel de Rosas, al mando inmediato de su lugarteniente don Manuel Oribe.—Era la época clásica del heroísmo.—Hasta las mujeres y los niños defendían dentro de los muros de la Ciudad Heroica la libertad del terruño y la civilización sudamericana.

En medio á los azares de la lucha, el gobierno de la República le decretó brillantes exequias, y

una ley especial dispuso que se levantara un mausoleo costeadó por el tesoro público.

¡ Es esta la única glorificación que uno de los más grandes pensadores nativos haya tenido de sus compatriotas !

Felizmente se ha agigantado tanto en la época actual la personalidad histórica del doctor Santiago Vázquez, que no está lejano el día en que la posteridad haga justicia á quien supo, como pocos, servir á la patria honradamente.

El héroe olvidado

EL HÉROE OLVIDADO

¿ Un héroe?—Sí; héroe sencillo de esos que quedan frecuentemente olvidados porque son almas humildes y obscuras que no saben más que obedecer y morir. La historia, investigadora sagaz hasta en la vida privada cuando se trata de hombres ilustres que llenan con su genio ó con sus hechos una etapa de la civilización, apenas si ha recogido el nombre de este blandengue glorioso, á quien el pueblo oriental debiera haber rendido hace ya tiempo el tributo de su gratitud. Porque el viejo Ansina, prototipo acabado de fidelidad y desinterés, hizo durante su larga

existencia un apostolado de la abnegación, cualidad esencial y característica del heroísmo.

No es la figura romanesca de Falucho, negro como él, y como él soldado, brindándose á la muerte como un homenaje á la libertad de los pueblos oprimidos por las pesadas cadenas del coloniaje.—Su vida y su historia, son la vida y la historia de un estóico. De mozo asistió sereno y altivo á todas las fases de la epopeya artiguista, siguiendo á su jefe con la fe de un creyente y la sinceridad afectiva de un gran corazón.

La aurora de las Piedras y el ocaso sombrío de Tacuarembó, le vieron combatir con el desnudo y la arrogancia de un centauro. Después... viene la larga noche del ostracismo voluntario de Artigas, y él le sigue con inquebrantable resolución como si fuese la sombra buena de su jefe. Ni una vacilación; ni una sola flaqueza. Cuando el Protector, cansado ya de las campañas de Entre Ríos y Corrientes contra sus rebelados generales Ramírez y López, resuelve abandonar para siempre el escenario político que él había llenado con

su nombre desde la noche memorable de su defección, dice con voz que debió ser emocionante y triste: el que quiera acompañarme que me siga; su fiel asistente da un paso adelante y exclama gozoso y satisfecho como un héroe de la antigua Grecia: Mi general, yo le seguiré aunque sea hasta el fin del mundo (1).

Desde entonces Ansina hace abstracción completa del mundo exterior que le rodea y cifra toda su dicha en servir al ilustre expatriado. Aquella naturaleza tenía para él algo extraordinariamente superior y debió aparecersele más de una vez, en sus continuos soliloquios, como un Dios cubierto con la envoltura corpórea de un hombre. El lo amaba con ese amor mitad cariño y mitad respeto, que infunde en las almas sencillas la presencia de todo lo grande. Su voluntad no reconocía más voluntad que la del Protector, y quiso transformarse espontáneamente en su sier-

(1) Estas palabras pone en boca de Ansina el laborioso escritor histórico don Orestes Araújo.

vó: ¡en siervo de Artigas que soñaba con el reinado de la igualdad y la fraternidad! Primero en la cárcel del Convento de la Merced; después en la internación de la lejana aldea de Caraguatí, trescientas leguas tierra adentro, y más tarde, cuando la muerte del bárbaro don Gaspar Rodríguez de Francia, en los alrededores del pueblo asunceño, Ansina acompañó sin debilidades ni quejas al que había sido su general en los campos de batalla y era ahora su señor y su amigo en la tierra hospitalaria que los había albergado desde el 23 de Septiembre de 1820.

¡Rara consecuencia y excepcional lealtad que sólo podría compararse á la de ciertos mariscales del imperio que acompañaron después de Waterloo al árbitro de Europa!

Más viejo que Artigas—le llevaba cuatro años—lo asistió hasta sus últimos momentos con solícita atención y fraternal afecto. Luego solo, pobre, enfermo, abatido con la desaparición del titán á quien había aprendido á amar desde la vida de los campamentos, rindió él también el

homenaje que el hombre debe á la Parca, y; si es cierto que el espíritu sobrevive á la materia, el del noble Ansina debió volar con volidos de cóndor para juntarse al del austero vencedor de Posadas. Sin embargo, la gallarda figura histórica de este héroe sencillo apenas si es conocida en el pueblo oriental, y sus restos descansan todavía, olvidados y quizá perdidos, en alguna necrópolis de la antigua Asunción. ¿No es acaso acreedor este humildísimo soldado á la admiración y gratitud de los que aman las glorias de la Patria? Sí. Aunque Ansina no tuviese más mérito ante la posteridad que el haber dedicado treinta años de su vida á velar por la persona de Artigas, esto sólo sería suficiente para inmortalizarlo.

Su abnegación no tuvo límites y se sacrificó gustoso al servicio de su heroico general. Felizmente para él los pocos que visitaron en su asilo paraguayo al gran demócrata del Río de la Plata, tuvieron siempre una frase de elogio para su fiel acompañante. El naturalista Bompland; el ge-

neral argentino don José María Paz; el hijo del Protector cuando lo visitó en 1843, con el objeto de pedirle que regresara al seno de la Patria, todos hablan con entusiasta simpatía del fiel asistente que se había consagrado por completo á ser compañero del Libertador hasta el fin de sus días. ¡A ellos en primer término la gloria de haber salvado del naufragio histórico la humilde personalidad del viejo Ansina!

FIN

